

DESCUBRIMIENTO
DE LAS
PROVINCIAS DE ANTIOQUIA

POR
JORGE ROBLEDO.

RELACIÓN DEL ESCRIBANO SARDILLA.

RELACION

del descubrimiento de las Provincias de Antioquia por Jorge Robledo. (1)

Relacion de lo que sucedió al magnífico señor Capitan Jorge Robledo, en el descubrimiento que hizo de las Provincias de Antiochia, é ciudad que en ellas fundó, á lo cual yo Juan Baptista Sardilla, escribano juro escripto, doy fee é verdadero testimonio que me hallé presente con el dicho señor Capitan, á todo lo que abajo irá declarado en la forma siguiente :

Habiéndose hecho rescebir por Gobernador el Adelantado Andagoya, en la cibdad de Cali, que pobló el Gobernador Belalcázar, envió de allí mi Capitan á la cibdad de Santana, quel Capitan Jorge Robledo habia poblado en las Provincias de Ancerma, é que así mismo fuese rescibido. Y á la sazón que á ella llegó el dicho Capitan Jorge Robledo, despues de la fundacion é pacificacion de aquellas Provincias, por mas servir á S. M., con ciento hombres de pié y de á caballo, habia salido della á descubrir y poblar otra cibdad, como mas largo parecerá por una relacion signada de Pedro Sarmiento, escribano. Por cuya ausencia, el dicho Adelantado fue recebido en ella ; y con cautela, porque se le diese la loa de primer fundador, quitó el nombre de Santa Ana, que aquella cibdad tenia puesto por el dicho Capitan Jorge Robledo, y púsola San Juan. Y á cabo de ciertos dias que el dicho Adelantado estaba rescibido por Gobernador en todas las cibdades, en aquellas Provincias comarcanas, aunque con no justo título, el dicho Capitan Robledo vino, con hasta seis ó siete de á caballo á la ligera, á la cibdad de Cali, donde estaba el dicho Adelantado, á verse con él, porque en la tierra donde andaba conquistando habia tenido noticia por indios, como habia nuevo Gobernador en la tierra. Porque de antes aquella tierra era del marqués D. Francisco Pizarro, y como en ella le habian rescibido por Gobernador y dejaba fundada la cibdad de Cartago, en nombre de S. M. y del Marqués Pizarro, en las Provincias de Quimbaya y otras muchas á ellas comarcanas, que

(1) Colección de Muñoz. Tomo LXXXII.

habia descubierto. Y llegado á la cibdad de Cali, como vió quel dicho Adelantado estaba apoderado de la tierra, no pudo dejar de rescibirle por Gobernador, como hombre celoso del servicio de S. M., por no dar lugar á escándalos y alteraciones, con ciertas protestaciones que allí hizo. Y el Adelantado dió los mismos poderes al dicho Capitan, que de antes tenia del Marqués Pizarro, los cuales él aceptó con ciertas protestaciones; é aceptados, con la gente quel habia traido y hasta otros quince españoles, que los mas dellos estaban enfermos, que serian por todos hasta treinta, con los cuales partió de aquella cibdad, dia de San Miguel, del año de cuarenta. Y salieron con él muchos caballeros hasta el pueblo de indios que dicen de Vijes; y de aquí, en ciertas balsas de cañas que tenia hechas, entrado en ellas con hasta veinte españoles, fue por el rio abajo que sale á Santa Marta, y la demás gente fue por tierra; con acuerdo que los que primero llegasen aguardasen en el pueblo grande de los Gorrones, questá á ribera del rio, de aquella banda. Y el dicho señor Capitan y la demás gente que con él iba, con hasta quince balsas por su órden, navegó por el dicho rio quince dias, en los cuales se pasaron muchos trabajos, asi por los raudales que en el rio habia, como por una creciente que nos tomó, que llevó mucha parte del matalotaje y ropa que traíamos, por lo cual despues nos vimos en gran necesidad. Y al fin de los dichos quince dias allegamos al dicho pueblo grande, á donde ya estaba aguardando el Comendador Hernan Rodriguez de Sosa, con las demás gentes que por tierra iban, y habia dos dias que habian llegado. A donde el dicho señor Capitan estuvo cuatro dias, en los cuales envió á llamar á los indios que estaban de la otra banda del rio (1), que viniesen de paz, é á dar la obediencia á S. M.; y vinieron algunos con comida de maiz, yuca y pescado, de que habia mucha falta. En este tiempo que aqui estovimos, el dicho señor Capitan despachó á Juan de Ortega, con otro de á caballo,

(1) En el original, al márgen, dice:

Estos indios, que aqui habitan, tienen una laguna de agua grande, que tendrá de box una legua. Cébase del rio grande por un canal que los indios tienen hecho á mano, que será de tres estados en hondo, é de veinte ó veinticinco pesos en ancho, y cébase quando el rio crece y las aguas son muy grandes. Y entonces entra tan gran cantidad de pescado en aquella laguna é se cria dentro, que es una cosa de admiracion; é al tiempo que es verano y no llueve, tórnase á vaciar el agua de la laguna, y en cierto artificio que los indios tienen fecho, al tiempo que se vacia el agua, acasete haber en aquella balsa que queda hecha mas de dos estados de pescado. E así lo sacan é lo asan en barbacoas, é tienen hecho muy grandes troxes dello para rescatar con otros indios. Al rededor desta laguna solia haber muy grandes poblaxones al tiempo que entraron cristianos en la tierra; y de guerra que los unos con los otros han tenido, é de las que los cristianos les dieron, se han destruido, porque la gente es indomable é de muchas traiciones, é no hay agora sino cien casas.

para que á la ligera fuesen á la cibdad de Santa Ana, que á la sazón se decia de San Juan, á dar mandado como iba. Y despachado, y entendido por los indios naturales de aquel pueblo cómo habian de ser amigos de los christianos, determinó de partirse en las dichas balsas por el rio abajo, é mandó á la gente, que por tierra iba, que se allegasen primero qué á un pueblo de indios que dicen de Palomino (el cual se llama así porque mataron allí un cristiano deste nombre), quéstá la ribera del rio, le aguardasen y nosotros lo mismo si fuésemos primero. Y metidos en nuestras balsas, caminamos por el rio, y al octavo dia nos faltó la comida; y de una parte ni de otra del rio no se halló ningun poblado donde poder tomar algun refrigerio de comida; y otro dia de mañana viniendo por una vuelta grande quel rio facia en mas balsas, descubrimos ciertos ranchos de indios, que son como cabañas á la ribera dél. Y los indios, como tuvieron sentimiento, diéronse muy gran priesa á recoger lo que tenían en canoas, y con todo lo que mas pudieron se fueron el rio abajo; y cuando llegamos á los dichos ranchos, saltados en tierra, no hallamos otra cosa, sino alguna comida de choclo, ques maiz tierno, é melones de la tierra, é ahuyamas, é yuca, é batatas, que son unas raices de buen sabor; é recogida toda la mas comida que se pudo, fuimos en seguimiento de los indios con nuestras balsas. Y en muchas partes en el rio, dentro del agua, á la orilla, hallamos algunos lios de ropa de algodón, muy galana, blanca é joyas de oro, lo cual fue gran socorro para segun la necesidad que de comida se traia. Y otro dia llegamos al dicho pueblo de Palomino, á donde estaban ya aguardando los que venian por tierra, con mayor necesidad de comida que la que nosotros traíamos, la cual les suplimos con lo que del dia antes nos habíamos proveido. Desde este pueblo, el dicho señor Capitan mandó al comendador Hernan Rodriguez que con la demás gente se viniese á la cibdad de Santa Ana, y salieron della algunos españoles á que hiciesen alto y ahumadas en las tierras que estaban sobre el rio; porque queria desde aquel pueblo, con las balsas, ir á descubrir por el rio abajo lo que habia. Y así los unos por tierra y los otros por el rio, nos partimos con la poca comida que teníamos, y al cuarto dia nos faltó la comida, y se tomó tierra de la una banda del rio é de la otra, é fuimos la tierra dentro á buscar algun poblado, é nunca se pudo hallar. Donde nos detuvimos algunos dias, é pasamos gran necesidad, así por la falta de comida que teníamos, como por la mala compañía, que los muchos mosquitos, que en el rio habia, nos hacian. Y viendo que mientras allí mas estuviéramos mayor riesgo corríamos, nos entramos el rio abajo; y no hubimos andado dos leguas, cuando algo lejos se oía muy gran ruido quel rio facia, por lo cual para ver qué cosa

era, fue necesario tornar á tomar la tierra, y por una cordillera de sierras, que iba por encima del rio, el Capitan envió ciertos españoles á ver qué ruido era aquello que sonaba. Y divisaron algo lejos unos raudales quel rio hacia, y muy grandes, peñascos y esterora en medio dél; y tornaron á decirlo al Capitan donde estaba. Por lo cual hobo muchos acuerdos, si iríamos por el rio ó no, y fue acordado que rompiésemos un arcabuco de monte de cañaverales, muy espeso, que alli estaba, y viésemos si podríamos hallar algun camino que fuese á algun poblado, y en buscarle nos detovimos tres dias, y nunca hallamos nada; y habia ya seis dias que nos había faltado la comida y no comíamos sino melones asados y algunas raices, cual ó cual y otras yerbas. E visto por el Capitan la estrecha necesidad en que estábamos, y como si alli nos deteníamos, podíamos parecer de hambre, quiso antes ponerse al riesgo del agua, que no al de hambre, y así, con acuerdo de todos, partimos de aquel lugar. Echamos delante una canoa con hasta cinco españoles nadadores desnudos, para que fuesen á descubrir por el rio, é el uno llevaba una bandera en la mano, para que si hallase algun gran salto en el rio ó otra cosa donde pudiésemos peligrar, diese con ella en el agua para que tomásemos tierra. Y en orden partimos por el rio abajo, yendo siempre á nuestra vista la dicha canoa, y al cabo de una legua que habíamos andado, á una vuelta de un raudal que el rio hacia, los españoles, que en la canoa iban, dieron con la bandera en el agua, que era seña que tornásemos tierra con las balsas. Y ellos lo hicieron á tal tiempo, que ellos no fueron señores de detenerse ni nosotros de tomar la tierra, y nos arremetió el raudal y nos llevó de peña en peña, dando en ellas tan grandes golpes con las balsas, que se deshacian é hacian pedazos, y no era hombre señor de poderse tener en pie ni mirar al agua, segun la riezura della. Y en un cabo quedaba una balsa y acullá otra, y como habia tantos dias que no comíamos y vernos en tal aprieto de agua, fue muy grande la flaqueza que nos tomó, pero como nuestro Señor nunca al tiempo de menester desamparó á los suyos, socorriónos en esta manera: que puesto quel raudal era muy grande y habíamos andado por él mas de legua y media en un momento, hacia aqui una estrechura el rio muy grande, de dos sierras que se ajuntaban por la una banda y por la otra, y de la una sierra al pie della salia dentro del agua un peñasco grande, y alli el agua hacia unos remolinos; y así como las balsas desembocaban por aquella estrechura, parecia que iban á hacerse pedazos en aquella peña, y como el remolino era tan grande, no dejaba pasar las balsas adelante, puesto que algunos pasaron, todos desecharon muy gran trecho el rio abajo y la gente que en ellas iba se escaparon á Dios misericordia. Y todas las balsas que en

aquel remolino pasaron, andaban tan recio á la redonda como una rueda de molino, que era cosa despanto; y otra balsa, en que ciertos españoles iban, se quedó caballera sobre una peña en medio de aquel raudal, y en ninguna manera pudo de allí salir con los que en ella estaban, porque ningún nadador había que se atreviese á echarse en el río para irlos ayudar, y los que en ella íbamos vímonos en muy grande trabajo, porque ninguno sabía nadar, y tengo que si lo supiera, se ahogara, porque según el aprieto en que nos vimos, confiando en los brazos, el agua los hiciera pedazos. Y allí el Capitán dió ciertas industrias, como de allí los sacase, é fue que algunos de los indios, que en nuestra compañía iban para nuestro servicio, se atrevieron á entrar en el río hasta poner en una peña que estaba algo cerca de la en que la balsa estaba, y los arrojaron una maroma recia hecha de cahuya, y con esta atáronla á la balsa muy recio, y en tierra atáronla á un árbol grande, y luego dieron otra maroma, y con esta postrera cada uno de ellos se ataba por el cuerpo, y puestas las manos en la otra en que estaba atada, tiraban los de tierra por la con que estaban atados, y medio ahogados, como cuando sacan algún pescado grande con anzuelo, los sacaron y no con poco trabajo, y así se sacaron otras personas de servicio y mugeres que en la balsa venían. Todos dimos muchas gracias á Nuestro Señor por tantas mercedes como nos había fecho en escaparnos de tan gran peligro; y como la balsa se sintió ligera del peso que tenía, la furia del agua que batía en aquella peña, con lo que dentro estaba la soventó y sin ir nadie dentro, que el agua se fue á dar al remolino que arriba digo, donde se tomó y se sacó lo que dentro estaba. Y puesta en salvo la gente y lo que en estas balsas que en este raudal se quedaron había, fuimos á buscar las que había llevado el río abajo, y hallamos la gente toda mas muerta que viva, según el peligro en que se habían visto; y mas era de la mucha hambre que tenían. Puesto todo en salvo, rompimos un pedazo de casta-veral, de cuatro ó cinco leguas, para haber si se hallaría algún poblado de indios donde poder tomar algún refrigerio de comida. Y á cabo de dos días, por el mismo camino que íbamos rompiendo, venían rompiendo al río y haciendo camino de nuevo los españoles que de la cibdad de Santa Ana habían salido en nuestra busca, por el mandado que el Comendador Hernán Rodríguez dió, á los cuales había dos días que se les había acabado la comida, de que no poco nos pesó y nos tovimos por perdidos; pero consolándonos mucho, porque á otra legua de allí estaba el pueblo de Angasca de que Señor un indio llamado Hija. Y luego otro día de mañana partimos para este pueblo, dejando toda la ropa en el río, y en dos días allegamos á él, á donde el Señor dél vino con muchos indios carga-

dos de maiz, yuca, frisoles, axia, perros de la tierra, que son como guizaques de los de Castilla, salvo que no ladran. Y luego fueron muchos indios por la ropa que en el rio habia quedado y la trajeron alli; é aqui estovimos ocho dias rehaciéndonos, segun estábamos parados de la necesidad que habíamos pasado, en los cuales vinieron algunos señores indios con sus vasallos, á este pueblo comarcanos, á ver el señor Capitan. Y todos venian cargados con comida de la tierra; y estos señores, con la ausencia del Capitan, habian estado rebeldes, porque los naturales destas partes son de calidad, que no tienen aficion sino con el primer Capitan que los conquista; é como tovieron certenidad de su venida, le fueron alli á ver, á donde les mandó que como él estoviese en la cibdad de Santa Ana, fuesen alla á verse con él, y así los despidió. Y nos fuimos á la cibdad de Santa Ana y llegamos á ella primero dia de Noviembre, despues de mediodia, donde fueron muchas las fiestas y regocijos que se hicieron por su venida. Y aquel mismo dia fue recibido por Capitan General, como de antes estaba; é como los caciques llamados Ocusca, Humbruza é los Fanfarrones é Guarina é Chatapa é Umbria, que son de los principales señores de aquellas Provincias de Ancerna, con muchos otros que todos estaban alzados é fuera de la servidumbre de S. M., como tovieron aviso de la venida del Capitán General, le vinieron todos de paz á la dicha cibdad de Santa Ana, sin castigo algo que en ellos hiciese, puesto que eran dños dél por la gran rebelion que habian tenido. A los cuales juntó todos en la dicha cibdad é les hizo muy gran fiesta, y despues della les hizo una plática, haciendoles entender cómo no se habian de alzar mas; despues que una vez venian á la obediencia á S. M., y otras muchas cosas, así para atraerles á ella, como para el reconocimiento de nuestra santa fee católica. Los cuales todos juntos dijeron que, pensando qué no volviera á aquella tierra mas, habian sido bellacos, pero que pues ya sabian qué habia de vivir en ella, que ellos serian buenos y estarian en la servidumbre de los españoles, y por cierto así lo hicieron: que despues un español solo andaba por toda la tierra, lo que hasta ella no hacian veinte. Y en esto, los naturales mostraron el grande amor y mucha aficion que al dicho Capitan siempre tovieron, por los haberes conquistado y buenos tratamientos que siempre les hizo, hasta que el Gobernador Belalcázar vino á la tierra, que con la mala maña que se dió, se alzó mucha della y mataron muchos españoles.

A cabo de ciertos dias quel Capitan llevo á la cibdad de Santa Ana, que, por mandado del Adelantado Andagoya, se decia de San Juan, y habiendolo pacificado todos los mas señores y caciques de aquellas Provincias, con muchas cosas de rescates que les daba sin interes ninguno, é

con los buenos tratamientos que siempre les hacian, que lo que ellos tienen en más; quedaba solamente por pacificar los señores é indios de un valle que se dice Apía, é aunque habian sido muchas veces llamados con muchos requerimientos para que viniesen de paz é á dar la obediencia á S. M., no lo habian querido hacer. E queriendo ir él mismo en persona á traerlos á la servidumbre de S. M., llegaron aquella cibdad de Santa Ana mensajeros de la cibdad de Cartago, qué habia poblado en las Provincias de Quimbaya, en que hacian saber cómo por su ausencia toda la tierra se habia alzado, y los españoles que en ella residian estaban en muy grande aprieto; que en todo caso su ida fuese muy breve á ella. E visto por el Capitan el daño que podria redundar en aquellas Provincias de Ancerna si se iba dellas sin dejar pacífico aquel valle de Apía que tan rebelde estaba, acordó de proseguir su jornada para él con cierta gente de á pié é de á caballo, entre los cuales iban algunos caballeros é personas honradas. Y estando el Capitan de parada en un pueblo que se dice Chatapa, supo cómo un cacique de aquel pueblo, llamado Tucarma, habia muerto algunos indios de las Provincias, á aquél pueblo comarcanas, que venian á la cibdad á servir á los españoles, que salian al camino á ello; y habia muerto dos ó tres indios cristianos ladinos, é habia hecho é hacia otros muchos insultos, de que todos los otros indios se quejaban dél; é si nó se remediaba, podria redundar algún daño, que cuando quisiesen poner remedio, no le hoviese. Sobre lo cual se hobo muy larga informacion, y tomada su confision por las lenguas, por donde parecerá haber hecho otras muchas cosas demás de lo susodicho, y fecho su proceso contra él con todos los autos que se requerian; el Capitan le condenó á ahorcar, y con las lenguas le hizo entender cómo por las cosas y delitos que habia cometido habia de morir, que se tornase christiano y toviere buen corazon con Dios Nuestro Señor, dándole muchas razones para ello, haciéndole entender que si nó lo hacia, penaria su alma para siempre en las penas infernales, y Nuestro Señor que espiró. E el dicho cacique pidió fuese tornado christiano, y ansi se bizo como lo pidió; y estándole diciendo que toviere buen corazon con Dios Nuestro Señor é que se esforzase é que le llamase, dijo: que sí tenia, é que no se le daba ya nada de morir, pues se habia hecho cristiano, y dijo otras muchas cosas, segun la lengua decia, que puso muy gran lástima á todos de su muerte, y alegría de ver cómo se habia tornado christiano. Este cacique llamado Tucarma, era mochacho de edad de 20 años, era muy bullicioso y habia sido parte para que la tierra se alzase las veces que se alzó; y si nó fenescieran sus dias, viniere gran daño á la tierra por las malas mañas que tenia.

Hecho todo lo que habia que hacer en este pueblo de Chatapa, el señor Capitan se partió para el valle de Apía, que estaba de allí jornada y media; á donde llegado á él, estuvo pacificando algunos dias los caciques é naturales dél, que se habian ido al monte, y en fin prendió á los señores dél y con ellos se vino á la cibdad de Santa Ana, donde les hizo una muy larga plática para atraerles al dominio de S. M. é al conocimiento de nuestra santa fé católica; é que si nó querian venir á él, les haria la guerra, é los destruiria, que para qué querian dar lugar á ello é que mejor era ser amigos de los christianos, que no andar por los montes: é dándoles muchas preseas de cosas que ellos tienen en mucho, los puso en libertad para que se fuesen donde quisiesen. Y ellos, viendo lo que con ellos se hacia, dieron muchas gracias al Capitan é tuviéronselo en mucho, é le dijeron que ellos querian servir á los christianos é ser buenos, é así lo hicieron. Y visto por el Capitan que en aquella provincia no quedaba cosa por pacificar, y la necesidad que de su ida en la cibdad de Cartago habia, puestas aquellas provincias en todo sosiego é quietud é reformada entre los conquistadores é pobladores della, se partió para la cibdad de Cartago, con cierta gente de á pié é de á caballo, é llegó á una provincia que se dice Irra, que á cuatro leguas de Santa Ana, y está á riberas del rio grande de Santa Marta. Y á 2 de Enero de 1540 pasó el rio, y como entró en las provincias de Quimbaya, todos los señores de los pueblos y provincias, que estaban en la comarca del camino, le salieron de paz, con muy gran cantidad de indios cargados de comidas, de bollos chocho, que es maiz tierno, é pixavaes, que es una fruta que llevan unas palmas de allá, é guamas é otras frutas, é para llevar el realaje. E se fueron con el Capitan hasta la cibdad de Cartago, limpiando los caminos, haciéndolos muy anchos, de donde salieron á recibirlos aquellos caballeros que allí habia; é se hicieron muchas fiestas. Y todos estaban admirados ver la servidumbre que los indios traian, habiéndolos visto un mes antes sobre la cibdad todos de guerra, que no sabian qué se decir. Y era tanta la multitud de indios que cada dia acudia á la cibdad, que porque no tuviesen lugar de hacer alguna traicion, el Capitan dio orden cómo se hiciesen sembreras, de que habia muy gran necesidad, porque como hasta allí la tierra habia estado alzada, no se habia fecho ninguna. E en muy pocos dias se sembró muy gran cantidad de maiz, y como el Capitan vió que los españoles que en aquella cibdad estaban é los que con él habian sobrevenido é no se podrian sustentar, por la poca comida que habia, sin ir por ella á los pueblos de los indios, de que ellos tambien tenian falta, por haber andado de guerra; y por no dar lugar á ello y guardarles la paz, la cual siempre ha procurado sustentarla. Y habia

algunos dias que tenia noticia, por indios de un valle que se dice Arvi, que de la otra banda de la cordillera de las sierras nevadas, é así mismo de otro valle, que se dice Quindio, que estaba cerca de aquella Provincia de Quimbaya y que colindaba con Arvi. Y para descubrir el camino envió á Alvaro de Mendoza con cierta gente de á pié á la lijera, porque no podian llevar caballos, el cual fué, y á cabo de ciertos dias que de aquella cibdad partió, descubrió aquel valle de Quindio; y ballaron el camino tan áspero y fragoso, que en ninguna manera se podian meter caballos. Y allí los indios le salieron de paz y le dijeron cómo todo el camino era como aquello que por delante estaba, é que estaba muy lejos Arvi; é con esto acordaron de volverse á dar razon al Capitan de lo que hallaban. En este pueblo de Quindio hallaron una fruta amarilla como uvas, que dan unos árboles como majuelas de España, la cual tiene muy buen sabor; é como los españoles la probaron, comieron della y decian que nunca tan buena fruta habian comido. E metiéronse mucho en ella, y de ahí á media hora, todos los que la comieron salieron fuera de seso; y estuvieron de este arte un dia y una noche, horrachos, que no sabian de sí parte ni arte, hasta que la humedad de la noche les hizo volver; si los indios quisieran hacer alguna cosa, bien pudieran; pero Nuestro Señor no dió lugar á ello. Y por esto nadie habrá de comer fruta sin saber lo que es, en especial en aquestas partes.

Vuelto Alvaro de Mendoza, y dado razon de lo que hallaba, y visto por el Capitan cómo para entrar en el valle de Arvi no se descubria camino, y que de estar tantos españoles en aquella cibdad, los naturales se podrian resabiar por les ir por comida á sus pueblos, repartió la tierra entre los descubridores y pobladores della, y con los que sobraron y los que él habia traído, determinó de ir á buscar entrada para el valle y á poblar otra cibdad. Y hecha su gente y aderezado todo lo necesario, donde habia gastado mucha suma de pesos de oro, estando de partida, le llegaron cartas de la cibdad de Santa Ana en que le hacian saber cómo el Capitan Jerónimo Mejía é el Capitan Francisco Vallejo, con otros cuatro de á caballo, habian llegado á ella con recados del Adelantado Andagoya que queria ir aquella cibdad; que proveyesse gente para la pasada del rio é acompañamiento del camino, los cuales fueron á la dicha cibdad de Cartago, á donde dieron sus recados al Capitan, é se supo cómo los españoles que fueron al castigo de Paiz é Apirama, que son unas Provincias que están en la comarca de las Provincias de Popayan, que allí ouvió el Adelantado Andagoya los españoles, se habiau retirado é tovieron muchos rencuentros é guazavaras con los naturales, é se llevaron vivos tres españoles é hirieron muchos é hicieron otros muchos daños. Y estando

el Capitan respondiendole al despacho que habian traído del Adelantado, y de partida para proseguir su jornada, llegó á aquella cibdad el Capitan Pedro de Ayala, con los poderes y nuevas provisiones reales del Gobernador Belalcázar, para que fuese recibido en ella por Gobernador. Y como le fueron notificadas, puesto que en ella no se hacia mencion de aquella cibdad de Cartago é provincias de Quimbaya é Canapa é Picara é Pancura é Pozo é Arma é Imatana é otras muchas, que el dicho Capitan habia descubierto é poblado en nombre de S. M. é del Marqués D. Francisco Pizarro, le recibió por Gobernador, porque vió un Capitulo que en ellas venia inserto, en que mandaba al Adelantado Andagoya que se saliese de la tierra si en ella hobiese entrado. Y despachó mensajeros á la cibdad de Cali, al señor Gobernador, haciéndole saber del arte que la tierra estaba é del armada que tenia fecha. Y despachado todo lo que en aquella cibdad habia que hacer, habiendo mandado al Capitan Alvaro de Mendoza que con la gente que estaba hecha é aderezada se fuese á la Provincia de Canapa, é allí le aguardase hasta que despachase lo que tenia que hacer en la cibdad de Santa Ana; é se fué á ella, que ya se decia de San Juan, y aunque así mismo en las dichas provisiones no se hacia mencion de aquella cibdad, no quiso dejar de recibirle por Gobernador, por cumplir lo que S. M. mandaba, debajo de cierta protestacion que hizo, hasta que informado de la verdad, otra cosa proveyese y por evitar escándalos y alborotos, que se podrian recrescer de no le recibir, y otras cosas que en las Indias han sucedido; y fué recibido á 20 de Abril de 541. Y el Gobernador Belalcázar, como se vió recibido por Gobernador de aquella Provincia y aquella cibdad de Santa Ana, que el Capitan habia poblado, mandó que se llamase villa de Ancerma, y el Adelantado Andagoya San Juan, cada uno por hacerse verdadera la relacion hasta que á S. M. hacian. Y el Capitan por el nuevo recibimiento de Gobernador, tornó á reformar é repartir la tierra, porque costumbres de Gobernadores é Capitanes nuevos deshacen lo que los otros han hecho, aunque sea bueno, é de este arte se pierden é destruyen las tierras. Y porque los conquistadores se pudiesen mejor sustentar, hizo menos vecinos en aquella cibdad de los que hasta allí estaban, aquellos que vió que lo merecian mejor. Y como hobo despachado lo de Santa Ana y al Pedro de Ayala, con la gente que allí sobró se vino á la Provincia de Canapa, donde juntó toda la demás para seguir su jornada; donde todos los españoles hobieron mucho placer de su venida. Y partió de ella é vino á la Provincia de Picara, á donde asentó el real é vinieron todos los señores con mucha multitud de indios de paz é muchas comidas, é dieron los tributos á sus amos, en quien estaban depositados. Aquí

estuvo el Capitan dos ó tres dias, é partió para la Provincia de Pancura, á donde se hizo lo mismo que en la de Picara; é aqui puso en órden toda la gente, é halló que tenia ochenta y cuatro hombres, todos isleños, los treinta de á caballo é los demás de á pié, donde venian muchos caballeros é personas honradas. E hizo su Alférez á Alvaro de Mendoza y escuadras de á caballo á Jerónimo Luis Jexelo é á Diego de Mendoza, y escuadras de á pié á Juan de Frades y Pedro de Matamoros.

Puesta el Capitan en órden toda su gente, desde esta Provincia de Pancura, con cuarenta hombres de á pié y de á caballo, envió un Capitan á que pasase las sierras nevadas, y viese si habia entrada ó camino para el valle de Arvi. El cual como fué despachado, el Capitan general envió al Capitan Vallejo y Alonso de Villaveces á la cibdad de Cartago, á ver si los mensajeros, que habia enviado al Gobernador Belalcázar, eran vueltos; los cuales partidos, en doce dias llegaron á la dicha cibdad, y al tiempo que allá llegaron, ya habia dos dias que eran venidos el Capitan Suero de Nava y el Reverendo padre Francisco de Frias, que eran los que se habian ido á ver con el Gobernador, por el señor Capitan, los cuales enviaron los despachos que traian con el dicho Alonso de Villaveces é Juan Bapbtista Sardela é Capitan Vallejo. Y un dia antes que llegasen donde habian dejado el señor Capitan, llegó el Capitan que habia enviado á pasar las sierras nevadas, el cual por la razon qué y todos los que con él venian decian haberlas pasado, é haber andado muchos dias por despoblado, é dado en cierta poblazon del valle Arvi, á donde una mañana al cuarto del alba haciendo muy gran niebla, dieron en ella é tovieron rencuentro con los naturales; é viendo que eran flecheros, y ellos ir sin caballos, se retiraron antes que mas cantidad de gente se juntase. Y se tomaron algunos indios é indias de la tierra para lenguas, y las sierras eran tan ásperas y fragosas, que en ninguna manera se pudieron meter caballos. Y el Capitan, viendo la tardanza que los mensajeros, que á la cibdad de Cartago habia enviado, se detenia, estuvo por volverse; lo cual hiciera si no se le hiciera cargo de conciencia dejar la gente que consigo traia, perdida, y por el deservicio que en ello á S. M. hacia. Y estando en esto, llegaron los mensajeros, é le dieron los despachos que del Gobernador traian, en que le rogaba efectuase su jornada, porque en ello se hacia muy gran servicio á S. M.; y qué le enviaria el socorro de gente que le envió á pedir. E como el celo del Capitan no sea otro, acordó proseguir su jornada. E viendo que no se podia hallar entrada para el valle con caballos, fuimos costeando la cordillera de las sierras nevadas, y pasó á la Provincia de Arma, qué de antes habia descubierto, donde los señores é caciques della estaban alzados. E á la en-

trada de la Provincia asentó su real, é con algunos indios que se tomaron envió á llamar los señores viniesen de paz; y le vieron dos, el uno viejo, unas barbas canas que otro nunca se vió en aquellas Provincias, que se llamaba....., y el otro era mancebo, gentil hombre, venia muy pintada la cara de amarillo é azul é negro, é todo el cuerpo untado con una resina de árboles que buele, é por encima dado con un polvo que se llama vija, es colorado de árboles, es para defensa del sol y aprieta mucho las carnes. El cual se llamaba Cirigna, é venia con mucha gravedad, é traia delante, demás de otros indios que traia, dos con una vara larga gruesa, puesta en los hombros dellos, venia toda llena de chagualas de oro, como platos medianos, y coronas y otras joyas metidas en la vara. Traia éste aquel presente para el Capitan, el cual no lo quiso recibir, porque aquel señor era de un caballero portugués, que se dice el Comendador Hernan Rodriguez de Sosa, y se le dió todo lo que traia, y el otro señor viejo trujo una olla atestada de oro, que tenia soterrada, lo cual se dió á Antonio Pimentel, porque era suyo.

En esta Provincia tovimos la pascua de Espiritu Santo y el Corpus-Christi, donde los indios nos hicieron algunos saltos y nos llevaron piezas de servicio; é asi como las tomaban, las mataban é las echaban á cocer y asar en barbacoa, por quitarse de ruido. La tierra desta Provincia es de las ásperas que en estas partes hay, despeniárouse en ella cuatro ó cinco caballos, que no habia ninguno dellos que no valia quinientos ó seiscientos castellanos, y se despeniá un español, que se decia Pineda, que se hizo pedazos, que se le fue el pie pasando por una peña, por media ladera.

En esta Provincia nos detovimos algunos dias, pensando quel Gobernador enviaria el socorro de gente que se le habia enviado á pedir; y viendo el señor Capitan que no venia, por no destruir la comida á los naturales de las Provincias de Arma, partió della, á veinte y dos de Junio del dicho año, é vino al pueblo que dicen de la Pascua, quel asi mesmo habia descubierto, á donde estuvo tres ó cuatro dias, por hacer los indios de paz, que andaban al monte. Y antes que de alli saliese los trujo á ella y trujeron algunos presentes de oro, los cuales el Capitan entregó á la persona cuyos eran. Deste pueblo fuimos al pueblo Blanco, que dicen, á donde todos los naturales estaban alzados y fuera de sus casas; pero como fueron llamados de paz, luego vinieron á ella.

De aqui, visto por el Capitan que no se podia hallar entrada para el valle de Arvi, por ser las sierras muy altas, ásperas é montuosas y peña tajada, se partió; é descendimos una sierra, que su hondura parece ir á los abismos, y dimos en un arroyo de agua, grande, y seguimos por él hasta cuatro leguas, y pasamos un despoblado de quince leguas, é di-

mos en una Provincia que se dice Comafana, á donde los naturales, como tuvieron sentimiento de nosotros, alzaron todo lo que pudieron de sus casas y se ausentaron dellas; é les fuimos en alcance, é se tomaron algunos indios é cantidad de oro. E llegados á ella é sentado el real, el Capitan habló á los naturales que estabau presos, haciéndoles entender cómo él venia, en nombre de S. M., á traerlos á su obediencia é al conocimiento de nuestra santa fee católica, é que habian de ser amigos de los christianos, dándoles en todo razones para que lo entendiesen, por donde perdieron parte del miedo que tenian; é los soltó é puso en su libertad. E luego vino toda aquella Provincia de paz, é siempre traian presentes de oro al señor Capitan, y muchos dellos no queria rescibir, diciéndoles qué no venia á buscar oro, que no se lo trujesen. Aquí nos detovimos seis ó siete dias, en los cuales el señor Capitan envió á Juan de Frales, con cierta gente de á pié, á que fuese sobre el rio grande, é viese lo que habia; el cual descubrió ciertos pueblos que estaban á orilla dél, é tovieron reucuento con los naturales; é viendo la ventaja que los españoles les tenian, se echaron al rio é se pasaron de la otra banda. Aquí se tomaron algunas piezas, é se tomó mucha cantidad de algodon, de que en el rio habia falta para hacer hamacas, de que todos los más españoles se provayeron dellas; é de aqui el Capitan pasó al pueblo llano, que dicen de las Peras, que tiene mas de diez mill indios, é toda la gente dél estaba alzada. E asentado el real, habiendo llamado con las lenguas á los indios que en escuadrones andaban de guerra por las lomas, viniesen de paz; viendo que no querian é que hacian burla dél, envió al Alférez Alvaro de Mendoza, con cierta gente de á pié, á entrar, porque no se sufría llevar caballos por ser la tierra muy áspera é ir de noche; el cual dió en cierta poblazon donde estaban retraidos muchos indios, é se tomaron muchos dellos. Y el Capitan, partido Alvaro de Mendoza, aquella noche al cuarto del alba, con cierta gente de pie y de caballo, salió hacerle alto por una cordillera, hasta que vió que el dicho Alvaro de Mendoza se venia. Y volviéndose para el real, por la otra banda de un arroyo por donde venia, bajaban siete escuadrones de indios, en que habia fasta quatro mill indios de guerra, é bajaron junto al arroyo donde el Capitan iba; y con él íbamos fasta cinco de á caballo. E los indios venian en ordeu de guerra é traian sus cordeles para atarnos, é sus pedernales é castiuelas que ellos tienen por cuchillos, para hacernos piezas é comernos, como si todo lo tovieran fecho; é como vieron que éramos tan pocos de á caballo, é que no nos íbamos aunque los viamos llegarse á nosotros, parironse y empezaron á tocar atambores y bocinas é á bailar é hacernos gestos é darnos grita, y hacian la perneta é haciendo otros muchos visajea, dicién-

donos que nos fuésemos de su tierra. Y el Capitan les habló del arte que á los demas que atras dejaba, y de tal manera, que aquel dia, antes que de alli se quitase, se vinieron los mas de los indios á él de paz; y estos eran de los mas valientes y allegábanse temblando, que no se podian tener en pie de miedo al Capitan, y cada uno le ofrecía la joya de oro que al cuello traía, y el Capitan no lo queria recibir é se lo tomaba, diciéndoles: que él no venia á buscar oro, ni queria que se lo trujiesen, qué solamente venia en nombre de S. M. para reducirlos á su servicio é al conocimiento de nuestra santa féé, é ser su amigo. De lo cual no poco todos nos admiramos, de ver unos indios cuan soberbios venian para comernos, y con hablarles el Capitan tres palabras, le vinieron de paz; y lo mismo ha tenido é tiene con los otros naturales por las tierras donde ha andado, que no parece sino que en esto Nuestro Señor le dió su gracia. Y estando el señor Capitan hablando con estos indios, allegó Alvaro de Mendoza con la prisa que traía, é todos juntos se fueron al real, donde llegados á él, el Capitan habló á todos los indios é indias que así traía, haciéndoles entender cómo porque andaban alzados é ausentados de sus casas é no querian venir de paz haciéndoles llamado á ella muchas veces, les iban á prender; é les decia todo lo demás que era necesario para la quietud y pacificacion dellos; y los soltó á todos é puso en su libertad, para que llamasen á los señores que viniesen de paz; é así lo hicieron, vinieron algunos. En este pueblo habia mucha comida de maiz é una fruta que se llama aguacates, ques como peras, eran tan grandes como una pera de las de Castilla, de invierno; tienen dentro unos cuescos redondos tan grandes como nueces, son muy buenos para agua de piernas, é habia otras muchas frutas. É aqui el Capitan tuvo noticia por indios, cómo habia ciertos pueblos al pie de las sierras nevadas, y para descubrirlos envió á Juan de Frades con cierta gente de á pie á descubrir el camino, el cual fue, y hora y media antes de noche dió sobre un pueblo de indios é hizo noche sobre él en un alto que junto á él estaba; é no dió en él, porque no llevaba licencia para ello. E luego los naturales empezaron á dar alaridos y tocar atambores é á llamar los que andaban por sus labranzas, é se juntaron hasta mill indios; é los españoles serian doce, y el dicho Juan de Frades, haciéndose fuerte é velándose toda la noche, estuvo alli hasta otro dia, é con una lengua que llevaba empezó á llamarlos que viniesen de paz é que no hobiesen miedo, que no les haria nada. Y poco á poco, con harto temor de ver tal gente, porque nunca habian visto españoles, se llegó á él un principal, con una corona de paja muy sotilmente labrada, todo emplumajado y los cabellos cogidos en la cabeza y un cuero de nutria colgado del pescuezo, echado en las espaldas, y todo

piutado de vija, que parecia un móstruo; y se allegó alli y estuvo hablando con ellos; y como la lengua le hizo perder parte del miedo que tenian, llamó á otros, é asi vinieron muchos é trujieron aquella noche alguna comida á los españoles; y puesta por ellos buena guarda, se estovieron hasta la mañana. E luego queriéndose partir, vino á ellos aquel principal que habia veuido de primero, todos emplumajados y envijados, é dijeron que se querian venir con ellos donde estaba el Capitan; é asi vinieron á él, é se holgó mucho con ellos, donde se informó de lo que habia en las sierras nevadas. Pero los indios estaban tan espantados de ver los caballos, que dieran un ojo de la cara por no haber alli venido; pero como perdieron el miedo, dieron mandado al Capitan de una Provincia, que estaba de la otra banda de las sierras, con quien ellos tenian guerra, y quo hallaria entrada para pasar las sierras. Y el Capitan sabido, se partió de alli é vino al pueblo de aquellos indios que le habian venido á ver, que se dice en su nombre Murgia y nosotros le pusimos el de la Sal, porque se halló mucha infinidad della de manera de paues de azúcar, algo morena, hecha de fuentes saladas que ellos tenian; é aqui estovimos cuatro ó cinco dias, donde vinieron todos los indios de paz con mucha comida é algunos presentes de oro. Desde aqui el Capitan envió á Jerónimo Luis Tejelo, con cierta gente de á pie y de á caballo, á que por una abra que la cordillera de las sierras nevadas hacia, las pasase, que parecian haber abajado algo. El cual fue y las pasó, y aquel dia fue á dormir sobre un valle, que en lo bajo dél parecia haber cierta poblazon, que como era puesto el sol y hacia niebla, no se devisaba bien; y púsose en lo mas secreto que pudo, por no ser sentido, é estuvo alli hasta el cuarto del alba, que partió. E no pudo caminar tanto, que antes que al valle llegase salió el sol y los indios le devisaron; y como los vieron, tocaron sus atambores é bocinas é juntárouse hasta mill indios; y los españoles serian hasta 20 de á pie é 12 de á caballo. E como ellos nunca habian visto christianos, saliéronles al camino sin dar lugar á que se les hiciese parlamento ninguno, é tovieron con ellos su guazavara, que les duraria tres horas, donde fue bien reñida de ambas partes, é hirieron seis ó siete españoles y mataron é hirieron caballos, donde los españoles se vieron en muy grau riesgo de perderse. Pero como Nuestro Señor nunca desampara los suyos, la gente de á pie lo hizo tan bien, que con la ayuda de los de á caballo rompieron á los indios é los metieron en el pueblo, é se metian en los bohíos é otros se subian en la cumbre dellos, como si alli no los pudieran tomar. Y estaban espantados de ver tal gente, que segun ellos despues decian, que quando los cometieron pensaron que eran indios; é como les hobieron ganado el pueblo, el dicho Jerónimo Tejelo

hizo aposentar los heridos y poner recado en el real, y despachó luego dos mensajeros al Capitan haciéndole saber lo que pasaba. E aquel mismo dia, en la tarde, los naturales se tornaron á rehacer é se juntó un escuadron de fasta tres mill indios é vinieron fasta junto al pueblo, que echaban los dardos é tiraderas dentro dél; y como el dicho Tejelo vió que los indios tornaban, dejando recado en los heridos con la demas gente, salió otra vez á los naturales, é tuvo con ellos otra guazavara, que duraria hora y media, donde los rompió é fue en alquence dellos una legua, donde se mató alguna gente; y desta vez quedaron tan hostigados, que nunca mas tornaron al pueblo. Las armas que estos indios traian eran dardos de palma tostada, largos, é macanas, son como espadas de á dos manos, tambien de palma, é oudas é estólicas, que es una arma de las mas peligrosas que en aquestas partes se halla y se tira la vara encajada en un palo de dos palmos, que casi quiere significar aquello como tranca-ylo, y con aquel palo en que encaja la arrojan, que va mas recia que con flecha.

Como los mensajeros que Jerónimo Tejelo envió, llegaron donde el Capitan estaba y le dieron mandado de lo que habia subcedido, se partió luego con todo el real para allá, por amor de los heridos y porque alli habia comida de maiz para mas de dos meses, é se aposentó en él. Donde en los bohios, sin lo que en el campo estaba, se halló mucha infinidad de comida, asi de maiz como de frisoles, que casi son como alverjas, é muchos coríes, que son como conejos, salvo que son mas chiquitos, que tienen muy lindo comer, é muchos perros medianos como los de Castilla, salvo que son mudos. Esta Provincia se llama en nombre de indios Avurrá, y le pusimos por nombre el Valle de San Bartolomé; aqui estovimos quinze dias, en los cuales, por llamamiento del Capitan, le vinieron todos los indios de paz, é servian á los españoles, é asi mismo vinieron otros pueblos á éste comarcanos. Aconteció en esta Provincia á algunos españoles, yendo por fruta y á caza de aves, ir donde algunos indios estaban; é asi como los vian, se quitaban una manta de vara y media de largo é de una en ancho, con que traen atadas sus vergüenzas, quitársela é darse una vuelta al pescuezo y ahorcarse. E yo vi una noche, estando velando en el aposento del Capitan, ciertos indios, que estaban presos porque no querian venir de paz, que hasta alli aun no habian venido, como vieron que no habia lumbre, se ahorcaron dos indios; é de presto como fueron sentidos, como porque ya estaban sobre aviso, sacaron lumbre y se vió cómo estaban colgados y cogian los pies por ahogarse, y se les cortó con lo que estaban colgados; y el Capitan los mandó llamar é les preguntó con la lengua que por qué se ahorcaban, dijeron que porque se espanta-

ban de ver á los españoles é de las barbas, é que por esto se habian ahorcado muchos; é no era sino que el diablo los eugañaba. Desde esta Provincia el Capitan envió con cierta gente de á pie á Juan de Frades, á que tornase á pasar las sierras é viese ciertos pueblos, que tenia noticia que estaban sobre el rio; el cual fue é dió en el pueblo llamado Curqui, é trujo algunas piezas, de las cuales el Capitan se informó de la tierra é le dieron larga relacion della, de la que estaba sobre el rio. Y ansi mismo envió á Diego de Mendoza, con ciertos de á caballo á la ligera, á que se sobiesen en una cordillera de Zavana, que estaba de la otra banda de un rio que por medio de aquel valle desta Provincia pasaba á seis leguas della, hacia la mano derecha. En el derecho de aquella Provincia no pudieron devisar sierra ninguna, sino todo llano como la palma; é hacia la mano izquierda, hacia el rio grande, parecian uvas sierras de montaña muy fragosas; é se volvieron donde estaba el Capitan é le dieron razon de lo que habian visto. El cual tornó á enviar al mismo Diego de Mendoza, á que con cierta gente de á pie y de á caballo fuese hacia la mano derecha, que era donde caia el valle de Arvi, por aquellos llanos qué habia visto, á ver lo que habia. El cual anduvo por allá á la ligera veinte dias é mas, é nunca pudo hallar poblado, sino fueron ciertos bohios como á manera de ventas; é estaba aqui un bohío é á dos leguas otro, é en cada uno habia sembrado su comida de maiz é yuca, é halló muy grandes acequias de agua hechas á mano; é como vió que no hallaba poblado, volvió donde estaba el Capitan y le dió razon de lo que habia hallado. El Capitan tomó ciertos naturales de aquella Provincia, á cada uno por sí, é les preguntó con las lenguas por el valle de Arvi ó por otra alguna gran poblacion del valle; nunca le supieron decir cosa cierta, mas de que le dieron por memoria mas de cincuenta pueblos y entrellos muchas Provincias é grandes; y al tiempo que se les decia que nos llevasen á ellos, desatinaban é no sabian; lo que al Nuestro Señor fue servido que asi fuese por lo que abajo diré. Visto por el Capitan que hacia la parte de Arvi no se hallaba poblado, por se haber abajado mucho, él mismo con ocho de á caballo é ciertos peones á la ligera, fue á descubrir por otra parte é nunca pudo hallar poblado, puesto que halló muy grandes edificios antiguos destruidos é los caminos de peña tajada, hechos á mano, mas anchos que los del Cuzco, é otros bohios como á manera de depósitos. Y el Capitan no se atrevió á seguir aquellos caminos porque quien los habia fecho debia ser mucha posibilidad de gente, é ansi se volvió al real é se partió de aquella Provincia de Avurrá, otro dia despues de San Bartolomé, á buscar poblado, é tornamos á pasar las sierras nevadas y por encima dellas por un grau llano que se hacia, veni-

mos seis dias de despoblado, y en fin dellos, sábado de mañana, descubrimos el rio y bajamos á él con harto riesgo de los caballos, por ser la bajada tan peligrosa que no habia quien en pie pudiese abajar, sino arrastrando; y así los caballos, poníanles los brazos derechos por el camino y dábanles un empujon en las ancas, y como quien va resbalando, iban rodando hasta abajo; y no era tan poco el altura de do descendian, que no habia mas de doscientos estados, y cuando bajaban abajo á ver qué se habia hecho de los caballos, hallábanlos pasciando y algunos de ellos las sillas hechas pedazos. Y bajadas las sierras, allegamos al rio, donde se descubrió un pueblo de indios que se dice Jorvura; y los indios como tovieron de nosotros sentimiento, se pasaron de la otra banda á donde el Capitan envió ciertos españoles nadadores, con una lengua, á que pasasen allá é los llamasen de paz. Los cuales fueron, é viendo que no querian venir, prendieron alguna gente dellos é se trujo ante el Capitan; á lo cual hablado todo lo demas que hablaba á los caciques por donde habia pasado, y héchosesles entender, los soltó libremente; é aqui le salió de paz el cacique; aqui en este pueblo se hallaron tan grandes panes de sal como una estatura de hombre é mucho maiz. E aqui estovimos cuatro dias, é el Capitan mandó levantar el real, é nos fuimos dos leguas el rio abajo, á donde se halló otra poblacion, donde estovimos algunos dias. En los cuales el Capitan tuvo noticia de un pueblo que se dice Tabami, que está de la otra banda del rio, y envió alli ciertos españoles nadadores; y como los naturales tenian algun aviso, estaban alzados, aunque todavia se prendieron algunos indios y se tomó mucha cantidad de ropa de algodón muy pintada é galana, de que habia gran necesidad en el real para hacer de vestir. E aqui lo salió de paz el cacique deste pueblo, del cual el señor Capitan procuró de informarse de la tierra é de aquellos edificios antiguos que habia fallado en la Provincia de Avurrá; el cual le dijo cómo adelante le habia muy gran poblado, que eran las Provincias de Nutave y Urezo, á donde estaba el señor que habia destruido aquellas antiguallas, é que era tierra muy rica é que habia muchas campanas, pacenas é coronas é otras armaduras de indios, todas de oro, é muy ricas sepolturas de oro, donde los indios se enterraban; é que habia tantos indios como yerbas en el campo, y que si él queria ir allá, le daria guia que allá le llevase. Y como desto tuvo noticia el Capitan, para descubrir el camino con la guia quel cacique le dió, envió al Capitan Vallejo, con cuarenta hombres de pie é de á caballo, el cual fue dos jornadas por un rio arriba hasta sobir á una cordillera de montaña y por encima della fueron cinco dias sin topar cosa poblada, donde se les murieron muchas indias é indios christianos, que los espa-

fiolos llevaban para su servicio, que se les helaron de frio, que aun los españoles se vieron en muy gran riesgo de perderse segun el frio era tan grande. E prosiguiendo su viaje, á cabo de ocho dias que del real habian salido dieron en un rio, que la hondura dél era tan grande, que apenas se devisaba lo que habia abajo de peñascos, y era tan grande el agua que llevaba por aquellas peñas é saltaderos, que ponía temor oirlo, que parecia que bramaba. E para pasar de la una banda á la otra habia hecha una puente del arte que aqui se dice: á la orilla del rio, de la banda por donde los españoles iban, los indios habian cortado un árbol, que se llama Zeyva, que la hoja dél quiere tirar á fresno de España, salvo que la de la Zeyva es mas ancha, y es el mas grueso árbol que se halla en todas las Indias ni en toda España, que se ha hecho de un árbol navio que iban en él doce caballos y mas de doce personas; y el árbol que los indios asi tenían cortado en este rio, era mas grueso que cuatro hombres por el cuerpo y de mas de ochenta pies de largo, segun el Capitan y todos los demas que le vieron certificaban, y antes decian ser mas que menos; y habia caido sobre una peña que estaba á la mitad del rio, y hasta alli aquel árbol servia de puente; y de alli adelante habia unos bejucos tejidos, que son como mimbres de España, tejidos de tres palmos de anchos, con unas barandillas de lo mismo, en que llevan las manos asidas; é visto por los españoles el mal paso que hallaban, é que por alli no podian pasar caballos en ninguna manera, y aún ellos pasarian á muy grande riesgo, se hizo todo lo posible para buscar otro paso, y no se pudo hallar, por lo cual les fue forzado dejar alli los caballos. Y el Capitan Vallejo, con hasta 20 españoles, pasó por aquella puente, y no hobieron andado dos leguas, cuando luego topan con otra vuelta que el rio hacia, que habian de pasar por fuerza, y para pasarle habia una puente toda de bejucos como la que arriba digo, salvo que por alli no era tan ancho como de primero. Y pasaron por ella é salieron al pie de una montaña, en unas faldas de zavana, de donde se devisaron ciertas rozas é maizales, á hora que se ponía el sol. Y andovieron un poco adelante é como les tomó la noche, vieron claramente candela en los bohios de los indios, é puesto que les tomó la noche é hacia muy oscuro, no dejaron de caminar con la guia que llevaban, hasta que se acercaron á los bohios de los naturales. E alli acordaron de reposar hasta el cuarto del alba, por ser la tierra tan ágría y fragosa y resbaladera y hacer muy oscuro, que en ninguna manera se vian los unos á los otros, y no se podian tener ni andar sino era á gatas osidos á las yerbas; y visto por ellos el peligro que allá donde estaban tenían, por estar siempre asidos á las yerbas por no despeñarse, el Capitan Vallejo, que iba por caudillo,

acordó de hacer tres partes de los veinte hombres quél llevaba, para tres bohíos que estaban juntos, para que cada uno entrase en el suyo, y viendo que se acercaba el alba, antes que aclarase con un hora, fue cada parte al suyo, é los naturales como los sintieron, se pusieron en defensa é hirieron cuatro ó cinco españoles, puesto que en ellos se hicieran daño é se tomaron algunos á vida, de los cuales mientras venia el dia se estobieron informando de lo que en aquella tierra habia. Y como fue de dia, en un alto que alli junto estaba, los españoles se subieron para ver lo que la tierra era, y traer razon della al Capitan, de donde vieron unos valles é laderas muy poblados de indios, y en todo ello parecia haber muy gran poblazon. Y oyeron por hacia aquellos valles muy grandes ruidos de bocinas é atambores é gritos de indios, que se apellidaban unos á otros, porque segun parece, de los tres bohíos de donde se habia dado aquella mañana, se habian soltado algunos indios á dar mardado. E vieron venir por una loma abajo hacia donde los españoles estaban, un escuadron de mucha cantidad de indios, todos con sus arcos y flechas é muy enrijados y untados de aquel betun aquellos tienen y con sus penachos, dando muy grandes alaridos; é los españoles, viendo que se acercaban á ellos, se ajuntaron todos y ajuntáronse tan cerca de ellos, que las flechas les alcanzaban, y era tanta la lluvia dellas que sobre ellos caian, que les fue forzado soltar las piezas que tenian y mataron otros, é se retiraron hacia el rio que dejaban atrás para pasar la puente de bejucos. Y dejaron hecha una celada de siete españoles metidos en el arcabuco; y fueron tantos los indios que sobrevinieron por otro camino á tomarles la puente con muchas achas de piedra para cortárselas, que apenas habian pasado los trece españoles, cuando ellos llegaron. Y los españoles que se habian quedado en la celada estábanse todavia en ella, é viendo que los indios no venian al tiempo que habian de estar quedos, saliéronse dellos y viéronlos los indios y viniéronse tras ellos; y ellos no habian entrado bien en la puente cuando los indios dan en ellos, y como la puente era de bejucos y no podian pasar sino de uno en uno, y la multitud de los indios ser muchos y los españoles pocos, hicieron mucho daffo en ellos. Y flecharon á un Pedro de Mucrentes, de que murió, que lo habia hecho bien aquel dia, y así mismo á un Juan de Torros, que de valiente le mataron los indios, y fue que desde la mitad de la puente, porque vió que quedaba entre ellos un español que se dice Pedro Bustamante, volvió á los indios; y era solo, donde le flecharon por las piernas é muslos, é como traia las flechas atravesadas y la puente ser angosta, no pudo salir della; é los indios viéndolo, dan con las manos á la puente y hácele dar muy grandes vayvenes de una parte á otra, hasta que al Juan

de Torres le echaron della abajo, y como el rio iba tan furioso y ser de peñascos, íbase haciendo pedazos, y los indios por codicia de tomarle dejaron de seguir á los españoles que estaban de la parte de la puente. Los cuales, viendo el daño que alli habian rescibido, y que traian menos doce españoles y los otros dos estaban para morir, acordaron de retirarse con buen recaudo; y luego murió el uno de los dos que venian heridos, é se confesó con un español á palabra de sacerdote, y el otro murió deude á pocos dias. Y los demas españoles se vinieron para donde habian dejado los caballos, donde alli llegados dieron muchas gracias á Nuestro Señor por la merced que les habia hecho en sacarles de tan gran peligro; porqués cierto que si el Capitan Vallejo no se diera la maña que se dió en hacer pasar los españoles, que pasaron la puente en tan breve, todos murieran alli, porque aun no habian acabado de pasarla, cuando los indios estaban al cabo della segun la multitud dellos era. Visto por el Capitan Vallejo el daño que habia subcedido, envió dos mensajeros al real al señor Capitan, donde estaba, haciéndole saber lo que habia subcedido, que proveyese de comida é de negros para llevar los heridos, porque de todo tenían muy gran necesidad, porque si no fuera por dos caballos que se les despeñaron, de que tovieron que comer todos, perecieran de hambre. Y sabido por el Capitan, luego proveyó de todo lo necesario y envió sus negros con los demas que habia para traer los heridos; aunque en el real hobo muy gran sentimiento por los españoles que faltaban por ser muy buenos hombres de guerra, é isleños. Y el Capitan mandó hacer sus obsequias por los que habian muerto, é les hizo decir muchas misas; y estándolas diciendo llegó aquel español que se habia quedado vivo con los indios cuando no pudo pasar la puente, y de que le vieron pensaron que era alguna cosa mala, porque los mensajeros que habian venido al Capitan, y todos los demas que hicieron aquella jornada le certificaron que no podia escapar, porque le habian visto quedar en mitad del escuadron de los naturales. El cual yo le pregunté muchas veces cómo se habia escapado y dijo, que al tiempo que el español que los indios derribaron de la puente y le tomaron vivo en el rio, fue tanto el embebecimiento que tovieron, é los placeres é saltos é visajes que hacian con él, que no echaron ojo de verle á él; é escondióse debajo de una peña junto donde estaban muchos de los naturales é andaban por alli é que no era posible sino que le viesen, que no sabe cómo le dejaron de ver; sino que como él se habia encomendado devotamente á Nuestra Señora de Guadalupe, le socorrió en el peligro en que estaba; é así medio rodando echó por unos peñascos abajo é fue á dar al rio, é se le cayó la espada y rodela, que aunque las quiso torbar á tomar, nunca

tuvo poder para ello, segun el temor é placer llevaha de haberse librado de los indios, é echó por el rio arriba, é subió una sierra muy áspera por donde plugo á Nuestro Señor que salvó la vuelta que el rio hacia, atinó al camino por donde los españoles iban de noche, el cual no los pudo alcanzar hasta de ahí á dos dias; y dice que era grande el temor que traia que todos los árboles é yervas que vía se le antojaban indios, y pasó muy gran necesidad de hambre; y como llegó á donde á los españoles se les despeñaron los caballos, pareciéndole que estaba seguro, daba saltos como loco de placer y daba muchas gracias á Nuestro Señor por tan gran merced que le habia hecho, puesto que la mucha necesidad que tenia de comer le fatigaba; y por alli buscó si por olvido se habia quedado algo de comer, y halló una pata de caballo con lo de la rodilla abajo toda raida, medio cruda, y como si hobiera hallado gallinas y capones, la tomó y empezó á roer della, é con ella pasando tiempo se vino hasta que alcanzó á los christianos. Los cuales de que le vieron venir de aquel arte, desmelenado, perdida la color y con aquella pata de caballo royendo, no parecia sino cosa de fantasia, todos hobimos mucho placer é alegria con su vida, y á tiempo allegó, que estaba hecha almoneda de sus bienes.

Llegado el Capitan Vallejo dondel Capitan estaba, dióle larga relacion de lo que habia subcedido é de la grosedad de la tierra que habia, é de cómo aquella tierra era la que le habian dado noticia en la Provincia de Aurrá, é Nuestro Señor milagrosamente permitió no entrásemos en ella. Por lo cual, queriendo en Capitan entrar en aquellas Proviencias con toda la gente, hobo algunas murmuraciones entre ella, diciendo: que si en aquella tierra entraban, que todos habiau de morir, segun la noticia de gente della se tenia, é que á ojos vistas los llevaba al matadero, é que mejor seria toruarse, que no entrar en ella. Y como el Capitan sintió esto, ajuntó todos los caballeros é personas honradas que con él venian, y les hizo su parlamento diciéndoles: que mirasen cómo todos eran buenos y la pobreza en que estaban, y que mas valia que quedase memoria dellos, que no cometer tan gran vileza como era retirarse; é que bien sabian ellos cómo por darles de comer y ponerles en descanso, habia él salido del é dejado su casa é hacienda, é quiso venir á tomar trabajo y poner su vida á riesgo por buscárselo; é que si se tornaban, que él bien tenia de comer é á su casa é hacienda se tornaba, pero ellos quedaban perdidos é siempre serian mal traídos é desordenados; que se buscasse otro camino que no fuese tan áspero como por el que habia ido el Capitan Vallejo, é que si hallase que por ninguna manera dejaría de entrar en aquellas Provincias; é si no harian lo que

mejor les pareciese. E asi fue acordado, porque á todos les pareció muy bien lo que el Capitan habia dicho, é todos le tovieron en mucho lo que hacia y le dieron las gracias por el cuidado que sobre sus personas habia tomado; aunque no dejó todavía de haber algunas contradicciones, porque algunos de los de acaballo decian que se les habia acabado el herraje, é no tenian con qué herrar los caballos; el Capitan les dijo que por aquello no lo dejasen, qué proveeria en ello como tuviesen todo recabdo. E asi mandó al Capitan Alvaro de Mendoza con veinte hombres de á pie, fuese á la ligera á ver si se hallaba otro camino para entrar en aquellas Provincias á orillas del río, y asi fuimos, donde nos detovimos 15 dias é nunca se halló poblado, ni señal de camino; é la tierra era tan fragosa que en ninguna manera se podrian meter por ella caballos. En este camino, á la orilla del río, hallamos muchos bohíos llenos de comidas, y los campos llenos de alvaha de Castilla, salvo que tenia la de aquestas partes la hoja mas ancha. Y desde un cerro alto que sobrepujaba á los que por alli habia, de la otra banda del río, cuatro ó seis leguas la tierra, adentro descubrimos muy grandes rozas é sementeras de maices é muchos humos, con lo cual nos volvimos donde el Capitan estaba y le dimos razon de lo que habiamos visto; y el Capitan, teniendo todavía propósito de entrar en aquellas Provincias, por todos los españoles que con él iban, le fueron hechos muchos requerimientos para que no entrase en ellas, porque segun las poblaciones que se habian visto, eran menester para conquistarlas cuatrocientos hombres por lo menos, y todos nosotros no éramos sino setenta y tantos; y visto por el Capitan la voluntad de todos, y viendo que en aquello tenian alguna razon, forzó la suya por no ir contra la de todos, y no dar de cabeza, como han fecho otros Capitanes que se han perdido en aquellas partes. Y acordó de pasar el río para ver aquellas poblaciones de que se le habia dado razon, para lo cual se buscaron muchas cañas é hicieron muchas balsas atadas con bejucos para pasar la ropa y caballos, y por la industria é buena maña que el Capitan se dió, dentro de ocho dias se pasó todo, aunque con harto trabajo por causa de no haber más de doce nadadores, y éstos á puros brazos y fuerzas lo pasaron todo. E las personas que no sabian nadar tomaban dos cañas tan gruesas como un muslo, é atábanlas por una punta una con otra, y metíanse alli en medio tres ó cuatro españoles é las personas que habían de pasar, é tornaban á atarlos por las otras puntas; y ellos metidos alli en medio, un nadador delante y otro detras, los pasaban; aunque ellos no se podian hundir con las cañas, todavía iban á harto riesgo. Y como se hobo pasado, el Capitan mandó mover el real, é no pudiendo ir por el río abajo á causa de venir

á descabezar todas las sierras al río, subió por una loma, é fue por ella por des poblado ciertos dias é tornó á bajar otra loma que iba hacia el río, en la cual se despeñaron dos caballos, los mejores del real, que hubo algunos dias carne fresca ; é sobre una loma muy grande que estaba junto á una cordillera de montaña descubrió una Provincia, que se dice Curume ; é como los naturales nos vieron é que íbamos hacia ellos, se pusieron en defensa y nos tomaron ciertos saltos por donde habia de entrar. E visto por el Capitan los pasos ser muy malos é estar muy limpios, los cuales habian limpiado los naturales, por poderse aprovechar de las galgas, que son unas peñas grandes que ellos suelen juntar en los altos para desde allí arrojarlas abajo, é antes que del todo caigan abajo, hácese muchos pedazos é aquí salta uno é acullá otro, é son muy peligrosos. E viendo el Capitan que por donde los naturales estaban no podian entrar, envió cierta gente de pié y de á caballo por una media ladera de monte, que sobiesen arriba é tomasen lo alto á los naturales. Los cuales se dieron tan buena maña, que sobieron sin ser sentidos ; é cuando los naturales vieron los españoles y caballos arriba, se espantaron mucho de verlos, y desampararon los altos, é toda la gente tuvo lugar de entrar en aquella Provincia sin peligro ninguno. Y el Capitan se aposentó en unos aposentos grandes, que eran del Cacique, y todos los demás en otros aposentos que habia á la redonda ; é luégo el Capitan mandó se recogiese comida, porque su voluntad era de estar allí algunos dias y pacificar los naturales ; y andándola recogiendo, los naturales mataron y prendieron muchas anaconas, que son indios christianos de servicio de los españoles. Y el Capitan viendo esto, é que no querian venir de paz los naturales, aunque los habia mandado á llamar muchas veces, mandó poner recaudo en el real, é que no saliese nadie dél sin su licencia. E cada mañana parecian sobre el real por las lomas muchos indios en escuadrones, dando grita é haciendo sus visajes ; y el Capitan los llamaba con las lenguas que llevaba para que viniesen de paz ; é respondian que nos habian de comer á todos, que aquella era su tierra, que nos fuésemos della, que no querian paz. Y el Capitan, viendo cuán desvergonzados estaban y que no querian venir, envió á entrar por dos partes, por la una al Capitan Vallejo é por la otra á Juan de Frades, ambos con gente á pié, porque no se sufría llevar caballos, por ser la tierra muy áspera é ir de noche é haber poco herraje. Los cuales partieron del real al cuarto de la medorra, y amanescieron sobre cierta gente de la natural, que estaba rancheada en los arcabucos, y se prendió mucha gente, y algunos principales entre ella. E traídos ante el Capitan, despues de les haber hablado lo que S. M. manda que se les diga para atraerlos á su dominio

ó al conocimiento de nuestra santa fée cathólica, se informó dellos de la tierra que habia delante; é le dijeron de muchas Provincias, con algunas de las cuales ellos tenían guerra, é se conían los unos á los otros, diciéndole que fuese allá. Y el Capitan les decia con las lenguas, que él no venia á matarlos ni á tomarles ninguna cosa de lo suyo, sino ser su amigo; porque venia en nombre de S. M., cuyo vasallo él y todos eran, para hacérselo entender, y como tenían Dios, que era el que criaba el cielo y las estrellas, el mar y las arenas, y el que les daba todo lo que habian menester. Y que si ellos querian ser sus amigos, él les ayudaria contra los que les hacen guerra; é si nó, que también se la haria á ellos é los mataria á todos. E hécholes bien entender esto, y otras muchas cosas que les dijo, les soltó á todos libremente para que lo fuesen á decir á los caciques é demás señores para que viniesen de paz; é así se fueron, é estuvieron ciertos dias que no volvieron. Y viendo su rebeldia, tornó otra vez á enviar al dicho Capitan Vallejo é Alonso de Villaveces, con cierta gente de pié, é dieron sobre un pueblo de los naturales, al cuarto del alba, donde se tomó mucha gente, entre la cual venia alguna de la que le habian traído la primera vez. E preguntándoles que por qué no habian venido de paz, dijeron que porque el Cacique era gran señor, é no queria ser amigo de los christianos ni ellos tampoco; é el Capitan hizo algun castigo en algunos moderadamente, y los soltó para que fuesen á decir á los señores lo que pasaba; y vinieron algunos indios de paz, con alguna comida. E allí el Capitan, queriendo ir adelante para ver lo que habia, viendo que no habia herraje para los caballos, por lo cual no podia ir á ninguna parte, y era muy gran falta para la conquista de aquella tierra, y la vida de los españoles, despues de Dios, estaba en el servicio de los caballos, dió orden é industria cómo se hiciese una fragua, la cual no habiendo el aparejo que para en Castilla fuera necesario, se hizo en esta manera: que hizo ajuntar muchos borceguies é coserlos unos con otros, é se plegaron é se pusieron sus arquillos; é de unos tablones, en que los indios se asentaban, se hicieron paradas, y de unos árboles blandos hizo cortar dos maderos, é hiciéronse cuatro partes, partidos por medio; é cada uno socavábase por de dentro y ajuntaban uno con otro; de que se hicieron los cañones. Y porque no habia con qué los calafatear, con cordeles, por encima encerados, apretaban uno con otro; é de una olla de cobre se hicieron los cañones que entraban en el fuego, y de una pala de yerro se hizo la tovera. Y para esto no habia maso, ni quien lo supiese hacer; y todos pensábamos que era por demás el trabajo del Capitan, é cuando no nos catamos, salió hecha, é soplabá muy bien. E ya que estaba hecha, no habia quién hiciese clavos; y por la or-

den que el Capitan dió, por los haber visto hacer, los hizo un español que allí se halló, que era puñalero, que se decia Bartolomé Hernández; de que vino tan gran provecho á toda la gente, que no se puede decir. E los clavos y herraduras se hicieron de cadenas é estribos de hierro, que muchos de los españoles traian. Y como esto fue hecho, el Capitan, con cuarenta hombres de á pié y de á caballo, salió desta Provincia de Currupe, é dejó al Capitan Alvaro de Mendoza con la demás gente en ella, y él fue á ver lo que adelante habia. Y á cabo de dos dias que de aquella Provincia salimos, descubrimos una Provincia que se dice Hevéjico en nombre de indios, á donde los naturales, como tenian noticia de nuestra venida, estaban alzados y amontados de sus casas; é andaban en escuadrones por las lomas, bailando, tocando atambores é dando muy grandes alaridos. E llegando al paso de una sierra que habiamos de sobir que lo alto tenian los naturales, el Capitan desde el pie della los llamó de paz con las lenguas que llevaba; é bajó á nosotros un indio temblando, se llegó al Capitan, é se espantaba de vernos. E allí le dijo que no tuviesen miedo ninguno, porque él no venia hacer ningun mal; é el indio le respondió: que subiese arriba é fuese adelante. Y el Capitan por ser ya de noche, acordó de quedarse allí; y otro dia de mañana se tornó aquel alto, é allá encima le vinieron algunos indios de paz, con comida, é le señalaban con la mano para que fuese adelante, porque allí estaba el Cacique y nos tenian aparejada mucha comida; lo cual era traicion, que la comida era la muerte que nos tenian aparejada, si el Capitan en ello no proveyera. Y fue que, como el indio nos dijo que nos tenian de comer, mandó el Capitan que todos se armasen y fuesen en orden; y el indio nos metió en un valle muy poblado, donde en una loma habia hasta seis mil indios juntos, de guerra, hechos un escuadron, sin otros muchos que andaban por otras lomas. Y como nos tovieron en el valle, era tanta la grita y apellino que tenian y atambores que tocaban, que no habia quien no temiese; y el Capitan con toda la gente se llegó cerca dellos, en un llano que estaba en media ladera de la tierra donde ellos estaban, y desde allí con las lenguas los llamó para que viniesen de paz. Los cuales á manera de burla no querian responder; é dos indios, que debian ser de los mas valientes que allí estaban, no hacian sino salian de donde los indios estaban y veníanse corriendo hacia nosotros, y desque llegaban al medio camino, hacíannos muchos viajes, como que nos tenian en poco, y tornábanse á volver; y esto hicieron muchas veces. Y el Capitan viendo esto y la poca vergüenza que tenian, mandó á Pedro de Barrios, de á caballo, que tomase un perro de traila é espantase aquellos indios; el cual fue á ellos corriendo con su caballo, que tengo que una cabra hiciera

mucho en andar por donde él iba, y llevaba un pretal de cascabeles. Y de que los indios oyeron é vieron el caballo y el hombre encima, cosa nunca vista en aquellas partes, buyeron como si el diablo llevaran en el cuerpo; y los demás indios daban muy grandes ahullidos. Y como en la mitad del camino estaba una peña de altura de dos estados de hombre, no pudo pasar adelante; y sentido por los indios, eran muchas las monerías que hacian, y hasta encima de aquella peña venian tres ó cuatro indios haciendo muchos ademanes, á manera de muy valientes. Y el de á caballo, viendo los gestos que le hacian los indios, soltó el perro que llevaba y echóselo; y saltan la peña y van en pos de los indios, y tomóronle un indio é hizole pedazos. Y como se detuvieron en éste, no pudieron tomar, y los otros tuvieron lugar de huir, é como los que estaban arriba vieron lo que habia pasado, amansáronse algo, y de allí adelante, de solamente oír ladrar el perro se espantaban. Y visto por el Capitan la poca mella que les hacian las cosas que les decia, y que trataban traicion con él, porque le decian que pasase á una chapa que estaba en frente, que parecia ser muy poblada; lo cual Nuestro Señor le puso en corazon que no hiciese, porque si pasara, ninguno de cuantos con él íbamos escapara, porque los indios tenian hechas muy grandes celadas en ciertas quebradas por donde habiamos de pasar, y en los altos tenian aparejadas muchas galgas, según despues ellos mismos dijeron. Y el Capitan acordó de quedarse allí, é se aposentó en un llano que allí se hace á par de una laguna de agua que allí se hacia; y hecho el aposento, el Capitan, con siete ú ocho de á caballo, subió á la loma donde estaban los indios, y con la lengua los comenzó á llamar de paz. E se llegaron á él hasta treinta ó cuarenta indios, y se espantaban mucho de vernos los caballos y con barbas, y echaban la mano á ellas para tentarlas, y tenian mucho miedo á los caballos. Y el Capitan les dijo que no toviesen miedo ninguno, que viniesen de paz, porque él queria ser su amigo; é les dejó é se bajó á su aposento, donde estuvo aquella noche. E otro día de mañana parecieron muchos indios en escuadrones por las lomas; é aunque los llamaban con las lenguas para que viniesen de paz, no querian; y el Capitan envió á Pedro de Matamoros con cierta gente, á ver si podian tomar algunos indios, el cual dió en cierta gente que estaba rancheada en un monte, é se prendió algunos della é se trujo ante el Capitan. A la cual hizo la plática susodicha; y decian que los señores de la tierra les habian mandado de no viniesen de paz que ellos bien la querian; y el Capitan soltó algunos dellos, y otros dió á personas que tenian necesidad, para que se sirviesen dellos. Y luego otro dia mandó que en aquella loma, donde habia estado junto aquel escuadron de indios, se

pusiese una cruz, la que se puso. Y otro día el Capitán pasó aquella loma, é dió en otro valle, donde había muy gran poblazon; é todos los indios andaban alzados por las lomas, y no tenían ninguna cosa en casa, porque para alzarlo habían tenido tiempo, sino era comida, que ésta había para más de medio año, de maíz é frisoles. En este valle se aposentó el Capitán en unos bohíos que estaban en mitad de una loma, porque su intento era pasar la cordillera de montaña que por encima iba, para ir á ciertas Provincias de que tenía noticia. E como los indios nos tovieron en aquel valle, pensaron que todo lo tenían acabado, é que nos habían de comer á todos, porque sabían que se había de pasar aquella montaña con los caballos, como era la verdad, porque el Capitán envió españoles á verlo, é hallaron un arcabuco de raíces muy peligrosas, que así como ponían el pie, pensando que lo ponían en tierra firme, se hundían hasta la mitad del cuerpo, porque todo estaba hueco, pues por las raíces crecer para arriba y estar entretejidas parecía tierra firme. Y el Capitán viendo que por allí no se podía pasar, acordó de volverse, aunque primero estuvo allí dos días, en los cuales, por la banda de una quebrada, donde estaba el Capitán, vinieron indios á hablar con él; le preguntaron que qué era lo que quería y buscaba en aquella tierra, que nos fuésemos della. El cual le dijo: que él venía en nombre de Su Majestad, cuya era aquella tierra, é á vivir en ella para siempre, porque había de poblar una ciudad. Y le respondieron: ¿que si habíamos nosotros hecho aquellos bohíos é plantado los árboles, para que fuese del Rey, que les decía, aquella tierra? Que supiese que si no nos queríamos ir della, que nos habían de comer á todos. Y ellos, viendo que nos tornábamos á volver por el mismo camino que habíamos allí venido, empezaron á dar muy grandes alaridos é á bailar é hacer muchos fieros; y el Capitán los llamaba con las lenguas, diciéndoles que supiesen que si no venían de paz, les había de hacer la guerra; é que tornasen á poner la cruz, que en el tiempo que en aquella loma estovimos aposentados, colocamos y que ellos habían quitado, si no que á todos los mataría. Y otro día, de mañana, como amaneció la cruz puesta, de que no poco nos maravillábamos; y tomando aquel alto, donde estaba puesta por algunos españoles, sin peligro ninguno le pasamos; y el Capitán se volvió á la Provincia de Currueme, donde había quedado el real. Y como aquí fue llegado, luego mandó apercibir cincuenta hombres de á pie y de á caballo, porque quería pasar aquella cordillera de montaña que estaba, é ver lo que había. E apercibidos é puestos en orden, se partió con ellos, é dejó con la demás gente al Capitán Alvaro de Mendoza, el cual hacía poner cada noche sus velas y rotas de á caballo de dos en dos. Y en tiempo que el Capitán estuvo ausente, que

fueron veinte dias, como los indios sintieron la poca gente que alli habia quedado, venian cada dia á desvergonzárseos allegándose junto á nosotros; y una noche en el cuarto de la modorra, haciendo la ronda, vinieron ciertos indios por la parte donde aquella Provincia habiamos entrado con lumbre, á poner fuego en el real; é si á la sazón hácia aquella parte no se hallaran dos de la ronda, se hiciera muy gran daño, por respeto de no haber mas de veinte é siete españoles en el real y algunos enfermos. Y como dimos al arma, el Capitan mandó que todos se pusiesen á recaudo para el cuarto del alba, por si alguna (cosa) quisiesen los indios hacer; y empezó á escaramuzar con los caballos con sus pretales de cascabeles por el real; y de que los indios vieron ser sentidos se fueron. Y téngase por cierto que una de las cosas que mucho sienten de noche, es el caballo, que estando con él parado, en meneándose una hoja de árbol ó que se haga el menor ruido del mundo, luego aguzan las orejas, y esto muchas veces se ha probado; y el mejor remedio es, cuando así hace muy oscuro que no se puede divisar quién viene, tener ojo en las orejas del caballo, que luego se ve lo que hay.

En el tiempo que el Capitan se ocupó en descubrir las Provincias de Hevéjico, á los españoles, que en la Provincia de Currume (estaban) con el Capitan Alvaro de Mendoza, les faltó la comida, por donde tovieron necesidad de salir por ella. Y el Capitan que alli habia quedado mandó á cierta gente de á pie y de á caballo fuesen sobre el rio grande á buscar si habia alguna comida; los cuales fueron, é encima de una loma les salieron al rencuentro un escuadron de indios, con el cual tovieron guazabara muy refida é hirieron los mas de los españoles puesto que los naturales recibieron mucho daño con dos ó tres ballestas que alli se hallaron. De á donde cobraron tanto miedo, que de alli adelante en las guazabaras que se hobo, como así como encaraban aunque fuese un espada, pensando que era ballesta, se abajaban é no paraba indio con indio; é como soltaba iban á buscar la saeta, como perros de presa, para ver lo que era lo que tiraban; y espantábanse de verlo todavia. Los españoles rompieron los indios é los hicieron huir, por donde tovieron lugar de tomar comida, y se volvieron al real con ella; aunque en esta salida se les despeñó un español, que se hizo mil pedazos, y fue tan grande la hondura donde cayó, que no se pudo sacar de alli, mas de que le vieron muerto; porque la tierra es tan áspera é fragosa, que es menester andar con muy gran tiento por ella, por ser la tierra sierras peladas y muy resbaladeras.

Como el Capitan partió de la Provincia de Currume, él pasó la cordillera de montaña que por encima del real estaba, y descubrió una Pro-

vincia buena que se dice Penco, á donde los naturales, como habian sido avisados de los de la Provincia de Currume del camino que llevaba y del castigo que en ellos se habia fecho, no paró indio con indio. Y desde esta Provincia, el Capitan descubrió las de Parruto y Guarani, é otras á estas comarcas, á donde no se hobo ningun rencuentro, por los indios no querer aguardar. E de aqui el Capitan tornó á pasar la cordillera de montaña por camino nunca hecho; y entraron en el arcabuco de raices que arriba tengo dicho, donde se vieron en muy gran riesgo de perder todos los caballos, porque como las raices estaban entretejidas en el aire, sumíanse todos los caballos, y hobieron de hacer camino á mano cerca de ocho leguas, en que se detovieron algunos dias y se sacaron los caballos con muy gran detrimento, aunque se despeñó uno é se hizo pedazos, que fue muy gran faltura para en la coyuntura que iban porque en semejantes tiempos, en tanto se tiene la vida de un caballo, como la de seis españoles. E asi salieron al segundo valle de la Provincia de Hevéjico, donde el Capitan estuvo aposentado, cuando envió á ver el arcabuco que arriba tengo dicho, para pasarle; é aqui los naturales, como vieron los españoles, se empezaron á juntar ciertos escuadrones de indios é vinieron juntándose á los nuestros, tocando bocinas é haciendo muy grandes amenazas, que los habian de comer á todos, é hicieron noche cerca dellos. Y aquella noche el Capitan envió al Capitan Vallejo é Antonio Pimentel con cierta gente de á pie, á que diesen sobrellos; los cuales de sobre salto al cuarto de alba, dieron sobre ellos é hicieron muy gran daño en ellos, aunque por ellos fueron heridos algunos españoles; é como los nuestros vieron que amanescia, se retiraron é se tornaron al real. Y luego otro dia de mañana antes del dia, el Capitan se partió de aqui é mandó á ciertos españoles que tomasen el alto de ciertos pasos por donde habia de pasar; é se tomaron y pasó adelante é se aposentó en un llano, que estaba cerrado de una sierra, frente de la loma de la cruz, por respeto, que la loma, donde la cruz estaba, estaba tomada de mas de veinte mil indios juntos en escuadrones, á punto de guerra, por todos los pasos que los nuestros habian de pasar, con muchas galgas é otros aparejos para defendérselo. Y tovieron cercado alli al Capitan tres dias, y no habia mas de un paso por donde los caballos pudiesen subir, el cual, la primera vez que por alli pasó, se habia hecho á mano con los azadones; y este era tan dificultoso, que no se podia decir; é tenian los naturales encima muchas piedras, como unas botas grandes, para que al tiempo que pasasen los caballos arrojarlas; é no pasara caballo, hombre ni perro, que no se le llevaran. Y el Capitan, como hombre desesperencia, se estuvo quedo alli, hasta ver qué era la intencion de los indios; y á cabo de dos dias

que habia que le tenian cercado, empezaron de nuevo á venir muchos escuadrones de indios por un cabo y por otro; á los cuales salieron los nuestros é tovieron su rencuento que duró buen rato, é los hicieron retirar por una sierra arriba, y se prendieron ciertos gandules, de los cuales se hizo justicia. E como los indios hobieron probado nuestras fuerzas y lo poco en que eran tenidos, salió un principal dellos, é á grandes voces dijo á los nuestros: ¡que qué hacian allí; que por qué no se iban? Al cual el Capitan respondió que no se habia de ir tan presto de allí, é les habia de comer todo lo que tenian, pues que no querian sino guerra. Y como el Capitan vió que todavia los indios estaban en su mal propósito, y que de cada dia se juntaban mas, y que sería causa para subceder algun riesgo, una noche mandó apercebir toda la gente; y apercebida, él mismo, puesto en la delantera á pie, cuatro horas antes del dia, con ciertos españoles fue por un paso donde estaban unos escuadrones de indios, y por otro mandó hacer cierto camino, por donde fueron algunos de á caballo, para que, si se hobiese rencuento con los naturales, se hallasen en lo alto algunos caballos. E con esta órden, el Capitan, sin ser sentidos, subió en lo alto antes que amaneciese; y como por los indios fue sentido, desmampararon los altos, pensando que todos los españoles estaban con él; y no eran sino doce, lo cual muchas é infinitas veces se ha visto en estas partes muy gran cantidad de indios huir de muy pocos españoles. Lo cual Nuestra Señor es servido, porque si les diese lugar á defensa alguna, toda España no sería bastante á su conquista. Y como fue tomado aquel alto y echados los indios dél, se dieron muchas gracias á Nuestro Señor por la merced que se les habia hecho; é así subió toda la gente. Y este dia el Capitan se fue aposentar á la entrada del valle de la Provincia de Hevéjico, é de allí envió mensajero á la Provincia de Currume á Alvaro de Mendoza, para que con todo el real se viviese allí donde él estaba, para que allí se acordase lo que se debiese hacer. E llegaron los mensajeros á la Provincia de Currume á un tiempo, que todos estábamos muy tristes, porque el Capitan habia muchos dias que era salido y no teniamos nuevas ningunas dél; é luego nos partimos para la Provincia de Hevéjico; é en el camino hicimos tres jornadas, y en la una, al subir de un rebenton de una loma, se despeñó el mejor caballo que en el real habia. Y llegados á la dicha Provincia, el Capitan hizo juntar todos los caballeros é personas honradas que con él venian, é les hizo un razonamiento cómo le parecia que era bien poblar allí una cibdad, pues estaba en parte conviniente é era sin perjuicio de los naturales; é en la tierra no habia mejor asiento que aquel donde estaban. Porque visto por los indios qué ponía por la obra lo que les habia dicho

y edificaba casas y sementeras, se les quebrarian las alas, é mas ayua vendrian al verdadero conocimiento; como se hizo, é á todos les pareció muy bien. E luego el Capitan envió al Alférez Jerónimo Tejelo con cierta gente de á pie y de á caballo, á que por aquella Provincia fuese á recoger todo el bastimento que se pudiera para el sustentamiento de los españoles, antes que los naturales lo escondiesen; el cual fue á un valle que estaba junto donde se habia de poblar la cibdad, y estándolo recogiendo vinieron mucha cantidad de indios en escuadrones de la Provincia de Ituango, en favor de los de aquella de Hevéjico; porque les habian dicho muchas palabras injuriosas, diciendo que como no nos habian muerto á todos y echádonos de la tierra, que no eran para nada; é que pues ellos no habian sido para ello, que ellos venian á hacerlo. Y al tiempo que ellos llegaron á la cumbre de una loma que estaba junto donde los españoles recogian la comida, acertó á llegar alli Alvaro de Mendoza con alguna gente de á caballo, porquel Capitan le habia enviado á ver lo que se hacia. El cual viendo la mucha cantidad de indios que venia, se armó con sus armas, é Jerónimo Tejelo é Martin de Bocanegra, todos tres en sus caballos, subieron á los indios, que serian mas de seis mil indios; é como el llano de la loma era poco, no podia en ninguna manera los caballos romper por ellos, que á manos los detenian; pero con la furia del caballo y del miedo que tenian por nunca los haber visto, y las lanzas que les picaron en alguna manera, los desbarataron é se dejaban despeñar muchos dellos por aquella loma abajo. Y ello fue de tal manera, que los indios se fueron bien corridos por no haber podido cumplir la palabra que habian dado á los de Hevéjico; y nunca mas osaron volver. El Capitan Mendoza lo hizo bien aqui este dia que lanceó mas de veinte indios, é asi mismo los otros dos.

En muy pocos dias se recogió muy gran cantidad de comida; é visto por el Capitan que abastaba é habia para en tanto que se cogian las rozas que los españoles hacian, mandó que ninguna persona cogiese mas bastimentos, porque quedase tambien para los naturales, hasta que cogiesen sus rozas. Y luego el Capitan, á 25 de Noviembre de 1541 años, en nombre de S. M. y del Gobernador Belalcázar, fundó una cibdad, que la intituló Antiochia; é nombró por Alcaldes ordinarios al Capitan Mendoza é á Diego de Mendoza, é por Regidores al Capitan Vallejo é á Juan de Juste é á Francisco de Avedaffo é á Francisco Pérez Zambrano, é otras personas honradas; los cuales todos hicieron la solemnidad que se requiere. E fundada la dicha cibdad, é repartidos los solares, tierras y estancias á los vecinos pobladores, visto por el Capitan cómo todavia los naturales andaban en escuadrones de guerra por las lomas, é no querian venir de

paz, aunque habia cerca de dos meses que no se hacia otra cosa sino enviarlos á llamar con indios, y no consentia que nadie saliese á ellos; y que tomaban atrevimiento de venir á desvergonzarse hasta la ciudad; porque de aqui no subdiese algun daño, mandó apercebir cuarenta hombres de á pie é con ellos envió al Capitan Vallejo á que diese sobre ciertos indios que estaban juntos en un pueblo, que se dice de las Guamas, que le pusimos este nombre porque tenia mucha multitud de árboles de esta fruta que se dice guama, el cual pueblo estaba de la otra banda de la loma de la Cruz. El cual se partió en anochesciendo, é era tanta la escuridad é agua que aquella noche les hizo, é como era en fin de Noviembre, hízoles tan gran frio de media noche arriba, que no se podian valer los unos á los otros; que ayna se quedaran helados; y por remedio tomaron de no pararse, sino siempre caminar. E ya que estaban cerca del pueblo, á la subida de una loma fueron sentidos de dos indios que estaban puestos por espías, los cuales se fueron para el pueblo dando muy grandes voces; é como los españoles vieron que eran sentidos, diéronse muy grande priesa á andar, y casi llegaron á un tiempo con los espías. Y como la noche era tan oscura, que seria dos horas antes del alba, los naturales, para haberse defender, salian de los bohíos con unos hachones de paja ardiendo, que fue muy grande ayuda para que los nuestros pudiesen dar en ellos. E no pudieron llegar tan ayna, que ellos no hobiesen alzado mucho de lo que en los bohíos tenian; é los indios enviaban las mujeres, muchachos é mochachas cargados adelante, é quedábanse ellos, como en retaguarda, con sus hachones de paja, é armas en las manos, encendidos. E los españoles, viendo como remetieron como unos leones y los indios á ellos, que fue una cosa espantosa de ver la guazavara que allí se tuvo, porque los indios eran muchos; pero todavía, con el ayuda de Nuestro Señor, se desbarataron con muy grande mortandad de gente de su parte; é se mató aquí un señor que se decia Zuzabuuco. E ya era de dia claro cuando los indios dejaron el campo é los españoles tomaron lugar de entrar en los bohíos, é se tomó mucha cantidad de oro y ropa de algodón, é se prendió mucha gente. Y estando los nuestros tomando un poco de huelga del trabajo pasado, porque habian seguido en alcance á los indios por una sierra arriba buen rato, vieron que una gran multitud de indios tornaban sobre ellos; é visto por el Capitan Vallejo, que era el caudillo que llevaban, como se viese sin caballos, é ser ya de dia, y tener un mal paso que abajar, podia recrescer algun daño si á los naturales aguardaban, se acordó de retirarse á lo bajo; é así lo hizo. E aun no eran bien abajados, cuando los naturales eran en lo alto, y empiezan desde allí arrojar mucho número de galgas y tirar con ondas,

que descalabraron algunos españoles. Los cuales tenían que pasar por fuerza un río que junto al alto estaba, el cual á la ida cuando le pasaron no le pudieron pasar sino con madera medio á nado, y la vuelta, como eran tantas las piedras que sobre ellos caían, le pasaron como si no hubiera río, sin aguardar el uno al otro, según la lluvia de piedras que sobre ellos caían. Y todavía lo pasaran mal, si no fuera porquel Capitán, con ciertos de á caballo, había amanecido desta otra banda del río, para hacerles espaldas á los españoles cuando volviesen. E como llegaron ante el Capitán los indios que llevaban presos, él les habló, diciéndoles que por qué no habían querido venir de paz, habiéndoles enviado á llamar tantas veces, pues sabían que él no les hacía unal ninguno, antes les daba muchas cosas que ellos tenían en mucho; que por qué querían mas ser muertos y andar por el arcabuco, fuera de sus casas, al frío y al agua; que se viniesen á ellos é se les tovisen quedos; é que si algún daño se les había hecho, era porque eran bellacos é no querían venir á dar la obediencia á S. M., como él tantas veces se lo había enviado á decir. Respondiéndoles, que ellos paz querían, pero que tenían noticia que otros hombres como nosotros habían pasado por unas Provincias de Nori é Buriticá é Guaca, que están de aquellas Provincias á treinta y cuatro leguas, que habían muerto todos los indios é señores dellas, habiéndoles salido de paz; é que ellos tenían temor no se les hiciese lo mismo. Lo cual decían por dos armadas que salieron de la Provincia de Cartagena, la una era del Licenciado Vadillo, é la otra de Juan Grecino que por allí habían pasado; que como no llevaban intención de poblar la tierra y permanecer en ella, robaron é destruyeron todo lo por donde pasaron, como aquello que poco les había costado. Y esto ha causado tanto daño en estas Provincias de Hevéjico é sus comarcas, que ha sido causa que los naturales hayan estado tan rebeldes; y S. M. había de mandar que todas las tierras que se descubriesen, habiendo aparejado, se poblasen, so muy grandes penas; porque muchos Capitanes hay, como no llevan esta intención, roban é destruyen las tierras por donde pasan; é estas partes son de tal calidad, que luego entre los naturales vuelva muy gran cantidad de tierra el daño que en ellos se hace, como el bien. Lo cual el Capitán Jorge Robledo no ha hecho, sino que antes ha hallado muchas tierras destruidas de guerras que entre los naturales han tenido unos con otros, é las han tornado á rebacer y pacificar; y ha sido uno de los que buena orden ha traído en el conquistar, descubrir é poblar estas partes, porque con la buena mafia que se ha dado, ha poblado dentro de dos años tres cibdades y pacificado las Provincias della, y descubierto otras muchas é muy ricas, donde se pueden poblar otras. Y todo á su

costa é misión, sin ayuda de S. M. ni de otra persona alguna, donde ha gastado mas de cien mil pesos de oro. Y es tan querido de todos los españoles que en su compañía han andado, como Capitan ha sido en Italia é en estas partes por ver el buen tratamiento que siempre les hace, é la rectitud é sosiego en que les tiene, é ver que la tierra que se descubre la da á los que la ganan é andan en servicio de S. M.; é que no hace lo que algunos Capitanes destas partes suelen hacer, que como descubren algunas tierras tiénnenselas en sí por llevar el usufructo dellas, é que cuando las han bien escudriñado, dálnlas á los pobres conquistadores; y aun no tan mal si se las da á ellos, porque en estas partes suele acaescer, andar uno sirviendo á S. M. diez é doce años, é no tener un indio; é venir un chapeton de Castilla é darle muy buen repartimiento; porque saben que está muy lejos S. M. é el su Consejo para se venir á quejar.

Como el Capitan vió la respuesta que los naturales tenían, é la causa porque no venian de paz, los hizo entender cómo no habían de rescibir ningun mal tratamiento, é los soltó libremente é á sus mujeres con ellos; por donde perdieron parte del miedo que tenían, y comenzaron á venir de paz algunos indios á ver al Capitan é á los christianos, para vernos del arte que andábamos. Y aunque no era de buena paz, el Capitan los dejaba ir y venir libremente, é no consentia que se les hiciese dafio ninguno. Y el Capitan viendo esto, mandó se hiciese procesion dando gracias á Nuestro Señor por la victoria que siempre habia dado, la cual se hizo dia de Nuestra Señora de la O. con toda la solemnidad que se pudo, y se dijo la misa en la loma donde se puso la cruz el dia que en aquella Provincia la primera vez entramos; é viendo el milagro que Nuestro Señor habia hecho con ella, que habiendo estado cercada de todos los indios de la tierra, no la haber movido ni podido quitar; y se tenia á gran misterio, aunque de condicion de los iudios que todo quanto hallan fecho de españoles, todo lo queman y destruyen, y las casas que ellos tienen hechas, si entran en ellas españoles y están en ellas una ó dos noches, luego como se van, las queman los naturales y dan por bien empleado el trabajo que pasan en hacerlas, por tomar aquella venganza, que les parece á ellos que la toman muy grande de nosotros en quemar ellos donde nosotros hemos estado ó lo que hacemos. Y así se puso para de aquella cruz primera, otra muy bien labrada, é aquel dia hobo allí muy gran regocijo, é el Capitan hizo allí banquetes de todo lo que se pudo haber, que no faltaron cosas buenas, aunque era la tierra nueva.

Hecho esto, visto por el Capitan que la Provincia de Pequí, que confinaba con aquella de Hevéjico, no queria venir de paz, aunque la habia enviado á llamar muchas veces, envió á ella á Antonio Pimentel

con treinta é tantos españoles de á pie; el qual partió de la cibdad á prima noche, y autes que viniese el dia llegó á la dicha Provincia, aunque con harto temor, por ser la gente della en cantidad y la entrada muy áspera. Pero plugo á Nuestro Señor que la entraron sin ser sentidos, é dieron en unos indios que estaban en sus bohíos; é como dellos fueron sentidos, comenzaron á apellidar la tierra, é de presto se juntaron mucha cantidad de indios, é hechos sus escuadrones, vinieron contra los españoles y tovieron su guazavara con ellos, en que hicieron alguna mortandad en ellos, aunque hirieron algunos españoles. Y los naturales cobraron tanto miedo á un perro que se llama Turco, que los nuestros llevaban, que por su respeto se retiraron, porque vieron que en un momento despedazó seis ó siete indios. El qual perro y otros han hecho tanto provecho en estas Provincias, por ser la tierra tan áspera é fragosa é no poder andar por ella caballos, que han sido causa, despues de Dios Nuestro Señor quererlo encaminar, venir algunos de paz. Y es tanto el miedo que los naturales han cobrado á los perros, que quando algunos venian de paz á la cibdad, desde gran trecho antes que á ella llegasen, daban voces llamando á la lengua para que hiciese atar los perros. Y tienen un conocimiento estos perros, que es de tener por misterio, que si ven ir un indio solo por ahí, sienten si es de paz ó de guerra; é si es de paz, no le hacen mal, é si es de guerra, no hay quien los tenga, que no parece sino que claramente los conocieran. Como los naturales de la Provincia de Pequí vieron el daño que los españoles les hacian, se retiraron por llamar mas gente; y como los nuestros lo sintieron, no se curaron de ir en alcance, sino autes se retiraron, porque venian muy gran cantidad de indios juntos contra ellos, que habian acudido á los apellidos que los del primer escuadron habian hecho. Y viviéndose retirando los españoles, echaron menos un español, por lo qual les fue forzado buscar; y andándole buscando por un arroyo arriba, le hallaron caido, la cabeza hecha tres ó quatro partes, que habia resbalado de una sierra alta y habia caido alli; y como mejor pudieron le tomaron en una hamaca en hombros, é se vinieron á donde ciertos de á caballo estaban, haciéndoles espalda; y de alli no con poco reposo, porque venian en su alcance muchos escuadrones de indios. E como los indios de la Provincia de Hevéjico supieron el daño que los españoles habian fecho en los de Pequí, se holgaron mucho, por ser sus enemigos; é venian ya de mejor paz; plega á Nuestro Señor permanezcan en ella.

Ya habia cerca de un año que el Capitan era salido de las cibdades de Cartago y Santa Ana, é no se tenian nuevas ningunas del Gobernador; y él no tenia mas que hacer alli, porque la tierra estaba de paz; acordó

de irse á la cibdad de Santa Ana y Cartago, donde habia dejado su casa é hacienda, y para verse con el Gobernador. Y dando parte de ello al Consejo de aquella cibdad, é que le diesen treinta hombres de á pie é de á caballo para su viaje, en lo cual le pusieron algun embarazo porque en aquella cibdad no habia sino setenta y nueve españoles, é la tierra ser gruesa de indios, é si della se sacaban los treinta, los que quedasen no se podrian sustentar é quedaban en mucho riesgo de perderse; le hicieron un requerimiento que, pues él queria ir á la cibdad de Cartago, que su viaje no fuese por donde habian alli venido, sino que fuese por la via de Cartagena é tomase el camino del Licenciado Vadillo, que andando visitando la tierra, se habia descubierto por los que con él por alli habian venido, que pasaba á treinta leguas de aquella cibdad; y que le darian hasta doce españoles para que viuesen con él, como porque ellos sabian que todo el camino de Vadillo era despoblado; é que desde Cartagena se podria ir por la via del Nombre de Dios é Panamá é Cartago; y que alli en el Audiencia daria razon de lo que en aquellas Provincias habia subcedido. Y no pudo hacer otra cosa, é salió de aquella cibdad á ocho dias de Enero de 1542 años, é dejó en ella por Teniente al Alcalde Alvaro de Mendoza; é sacó consigo con los doce españoles, cinco de caballo é siete de pie, que tomó para su viaje hasta treinta españoles, hasta llegar á la Provincia de Guaca.

Como el Capitan salió de la cibdad de Antiochia, viuo á la Provincia de Currume, donde envió llamar el Cacique de paz; é viendo que no venia, envió ciertos españoles á entrar, los cuales prendieron algunos indios, é entre ellos un señor principal, y se trujeron ante el Capitan, el cual les habló muy largo haciéndoles entender qué era la paz y la guerra; é los dejó en sus bohíos. E de aquí pasó la cordillera de monte, y salió á la Provincia de Peuco, donde los naturales, como estaban avisados de nuestra ida é del castigo que se habia hecho en las Provincias comarcanas á las de Hevéjico, no paró indio con indio; pero todavia se prendieron algunos. E desde esta Provincia pasó al pueblo de Cunqueira, é para entrar en él pasamos mas puentes de hejucos con harto peligro, é pasamos una cordillera de montaña muy fragosa, de arcabuco, é salimos á los valles de Nori é á la Provincia de Guaca que solia ser una de las mejores poblaciones que en toda aquella comarca habia. Y estaba todo destruido é abrasado por las armadas de Cartagena que por alli habian pasado, que era la mayor lástima del mundo ver las arboledas y frutales y asientos de bohíos y fuentes hechas á mano, que todo estaba destruido. Esta Provincia está de la cibdad de Antiochia cerca de treinta leguas muy áspera é fragosa, y hay que pasar en ella una cordillera de

montaña muy mala ; por esta Provincia pasa un rio, que dicen el Leon, el cual es muy peligroso, é le habiamos de pasar por fuerza ; é no hallando aparejo para hacer balsas para pasarle, todos los que habiamos de venir con el Capitan le pasamos á nado con los caballos. E aqui estovimos algunos dias rehaciéndose de comida y aguardando á ver si los indios saldrian de paz, porque el Capitan los habia enviado á llamar. Los cuales vinieron é los recibió muy bien, é les habló é hizo entender cómo él no les venia á hacer daño ninguno, sino á tenerlos por hermanos y amigos ; é que se estoviesen en sus casas, é que no toviesen miedo ninguno. E ellos dijeron que ellos ansi lo querian, é que lo mismo les habian dicho otros muchos christianos que por alli habian pasado ; é no se lo habian guardado, antes les habian hecho mucho daño, é les habian muerto todos los indios y el señor llamado Notivara tambien ; é que mirase los asientos de las casas que por alli habia, é cómo ya no habia nada. Por cierto, estos dos indios tenian razon, y era lástima oírse lo decir. El Capitan les dijo cómo ya aquellos christianos que por alli habian pasado eran bellacos, é que todos eran muertos ; é que ya no harian mas daño. E que con esto que les dijo, é con ciertos rescates que el Capitan les dió, quedaron en sus casas é muy contentos, diciendo que habian de ir al pueblo donde estaban los christianos á verlos. Y el Capitan mandó al Alcalde Antonio Pimentel que, con la gente que sobra de los doce que habia de llevar para su camino, se volviese á la ciudad, el cual ansi lo hizo. Y como fue partido el Capitan, viendo que no éramos mas que doce españoles, é que era necesario siempre ir muy juntos, llevando en medio ciertos indios, en que lleváramos la comida, porque si íbamos derramados, podria recrecer daño, mandó lo hiciésemos asi. Y comenzamos á caminar, y fuimos aquella noche á dormir á la salida de aquella Provincia junto á un arcabuco. E otro dia, al alba partimos é en dos dias llegamos al pie de las sierras de Avive, á donde se pasó mucho trabajo, porque como habia mas de seis años que gente por alli no habia pasado, no habia camino y todo estaba muy cerrado de helechales. E yendo por un arroyo de agua, á la subida de las sierras perdimos el camino, y por tomar por una loma, tomamos por otra, é fuimos por ella tres dias, al cabo de los cuales conocimos ir errados, porque habiendo de caminar al Poniente, íbamos al Norte. Y hobimos de volver con mucho trabajo, porque era una bajada muy peligrosa para cinco caballos que lleváramos, hasta ponernos al pie de la loma. E alli se buscó el camino, Nuestro Señor fué servido de deparárnoslo ; y le conoció un negro ladino que traíamos por guia, aunque habia mucho tiempo que por alli no habia pasado. E tomamos una loma en la mano, la cual nos sacó con harto trabajo de las

sierras porque ya la comida se nos iba acabando, y no hallábamos cosa que comer, ni aun yerbas que fuesen buenas. E como hobimos bajado las sierras, á la pasada de un rio tornamos á perder el camino, y anduvimos ciertos dias perdidos, que no sabiamos á qué parte estábamos, porque todo era arcabuco muy cerrado, que no se via otra cosa sino el cielo y árboles. E íbamos cortando, haciendo camino siempre á mano, porque una persona no podia pasar segun la arboleda era cerrada. E llevando perdido el camino á la aventura, apartamos al sonido que un rio hacia; fuimos hacia él, y se conoció ser el de Leon, que nace de la cordillera que pasa por cima de la ciudad de Antiochia y rompe por las sierras de Avive y entra en el rio del Darien, que sale á la mar del Norte; que es un rio muy caudaloso. Y como lo conocimos, dimos muchas gracias á Nuestro Señor por ello; é aqui hobo muchas opiniones, porque ya teniamos muy poca comida, que matásemos los caballos é los asásemos en una barbacoa, que es hacer un muy grande fuego y encima del fuego armar como parrillas un artificio de cañas que está algo alto, y alli se asa; y se detiene mucho la carne; y que nos echásemos en balsas por el rio abajo, que el agua nos sacaria á la mar, é que valdria mas que nos pusiésemos por él á cualquier riesgo que nos pudiese venir, que no dar lugar á que todos muriésemos enarcabucados, de hambre é que nos comiesen las alimañas. Y visto por el Capitan los pocos españoles que traia, é que si por aquel rio nos echásemos, los indios nos matarian si los hobiese, y ya por alli ellos tienen yerba; y viendo que mientras en aquellos pareceres estaban se disminuia mas la comida, é que si por aquel rio fuese é algun daño les subciese, á él le habian de echar la culpa, acordó de á tino, por tierra, venir por donde se pone el sol; é que en tanto que los caballos nos duraran, no teniamos necesidad de comida, que con ellos nos podiamos sustentar mucho tiempo, y entre tanto Dios proveeria. E asi andovimos muchos dias sin camino, aqui mas allí á las veces topando con rios que no podiamos pasar, y otras veces con ciénagas que nos undiamos en ellas; é siempre cortando, abriendo camino; é ya no teniamos con qué cortar, porque todas las espadas é machetes se nos habian quebrado; y ya íbamos tan hechos á la hambre, que mas era el miedo que llevábamos de ser sentidos de algunos indios, porque nos podrian hacer mucho daño, por no llevar armas ningunas, que la comida que nos faltaba. Pero tanto pudo la hambre, que se hobo de trocar lo uno por lo otro, que ya deseábamos topar indios, que aunque fuera á bocados peleáramos con ellos. E visto por el Capitan cómo la comida se acababa, é que los indios que llevábamos algunos de los españoles venian muy desfallecidos, hizo matar un caballo, que fue muy gran socorro, todos la

hallamos tan buena carne, que nos pareció que nunca en nuestra vida cosa tan buena habíamos comido, bien creo que lo debía causar la hambre, y en el lugar que nos tomaba, aunque lo comíamos sin pan é sin maiz porque no lo habia. E algunos como se metieron mucho en la carne les dió cámaras é se vieron en mucho peligro; y mientras la carne duró dimos muy gran prisa á caminar é hacer nuestro camino. E un dia á puesta del sol, el Capitan mandó al Capitan Vallejo fuese á ver unas sierras que parecian, cerca de allí, ser rozas viejas, que viese lo que era, y así fue; y el Capitan con los demas echó por un arroyo arriba y habiendo andado por él una legua, á la salida dél parecia en algun tiempo haber por allí habido rozas. Y andando el Capitan escarbando por las yerbas con una caña que llevaba en la mano, halló hasta tres granos de axi grandes, que lo que llaman en Castilla pimienta de las Indias, algo fresco. Y como lo halló lo mostré á grandes voces á los que con él íbamos, y fue tanto el placer é alegría que todos hobimos, que aunque se hubiera hallado el mayor tesoro del mundo, no pudiera ser mayor porque todos tovimos por cierto estar cerca de algun poblado. Y desviándose el Capitan un poco de nosotros, oyó cantar papagayos, y fuese solo hacia aquella parte y descubrió una roza de maiz seco que habria en ella mas de cien anegas de maiz; é como lo halló, volvió con tan gran regocijo, que no lo sabré decir, ni habria á qué lo poder comparar el que todos hobimos, porque ya íbamos muchos muy desfallecidos de las palmichas y otras yerbas que se comian no sabiendo lo que eran; llevaban las bocas llagadas é perdidas. Y de placer no acertábamos á hablar los unos con los otros; y luego acudió el Capitan Vallejo con los demas al regocijo que traíamos, é aqui dimos muchas gracias á Nuestro Señor por tan grandes mercedes como nos habia hecho, en que rernos socorrer en tan gran necesidad. E aqui estovimos cuatro dias rehaciéndonos y comiendo de aquel maiz tostado, que no habia en qué lo moler para hacer pan; y lo tovimos por tan bueno como roscas de Utrera en Sevilla. E tomamos comida para seguir nuestro camino; y nunca en el tiempo que allí estovimos fuimos sentidos de indios, de lo cual no poco nos maravillamos, porque dimos en los bohíos de los indios, é estaban llenos de aderezos de casas, y no vimos á nadie. Lo cual Nuestro Señor fue servido, porque si lo fuéramos, en mucho peligro nos viéramos por causa de no llevar armas, é los indios ser flecheros, é muy belicosos. E así, con mas espanto de salir con nuestro camino que hasta allí habíamos traído, viendo que ya estábamos proveidos de comida, tornamos á él, é á cabo de ciertos dias que habíamos caminado, dimos con cortes antiguos hechos en los árboles por espafioles de las ar-

madas de Cartagena, por donde conocimos ser aquel el camino. Y á veces perdiéndole, caminamos por él diez ó doce dias, é sin hacer uingun sentimiento pasamos por la Provincia de Ceracuua, que solia estar poblada é ya no hay sino monte donde solia haber casas, con harto temor. Y desde esta Provincia el Capitan mandó que todos fuesen con cuidado, porque los naturales de alli eran muy grandes traidores é flecheros; con yerba de veinte é cuatro horas é ansi caminamos hasta llegar á un rio, que dicen de las Guamas, á donde en la playa dél estaba encendido un leño con fuego abumeando; é no se vió persona alguna; é no se dejó de tener algun recelo por ir faltos de armas, porque todo se habia quebrado haciendo camino, que entre todos no venian dos espadas. Y porque en este rio los naturales habian usado de grandes traiciones, por ser él hondo y tener barrancas donde se ponian á flechar; y habian muerto en él muchos cristianos. Y el Capitan mandó al Capitan Vallejo é Alonso de Villaveces é á Francisco de Cuellar é otros dos españoles entrasen por el arcabuco, por junto á las barrancas, é tomasen los altos; é el Capitan con la demas gente vino por la playa; é pasamos sin riesgo ninguno los unos é los otros. E nunca en todo el rio se pudo hallar rastro de indios, de que mucho nos admiramos; é no sabiamos á qué fin lo hechar. E con mayor cuidado proseguimos nuestro camino, é salimos del rio; y pasado un cañaveral dimos en un arroyo, en el cual, á obra de media legua que por él habiamos andado, dimos con un indio de aquella tierra, que estaba pescando, y se tomó y se trujo ante el Capitan. El cual como era de lengua diferente de la de donde nosotros veniamos, no se le entendió, nada mas de que dijo San Sebastian, y señalaba con la mano hacia adelante; lo cual decia por un pueblo de cristianos que se llamaba así, que está poblado, quince ó diez y seis leguas de alli, de que no poca alegria todos hobimos. Y se dieron muchas gracias á Nuestro Señor por tantas mercedes como nos hacia, y el Capitan dió ciertas mantas y chaquira al indio, que él tuvo en mucho, y le soltó para que se fuese, diciéndole que llamase á los Caciques, que le viniesen á ver é que trujesen comida, porque nosotros llevábamos falta por haberse acabado la que habiamos tomado. El cual indio, despedido de nosotros, tomó un arco con sus flechas que tenia debajo de una palma y su yerba envuelta en unas hojas, porque si lloviese no se le mojase, é se fue. E nosotros seguimos nuestro camino, é de ahí á cuatro ó cinco horas vinieron en nuestro seguimiento un Cacique con ciertos indios é indias; é como nos alcanzaron, venia con nosotros un español que se dice Juan de Frades, que se habia hallado en la conquista de aquella tierra; y como los indios le vieron, con haber seis años y mas que no le habian visto, se fueron para él los brazos abiertos

nombrándole por su nombre, preguntándole que de dónde venia, y qué se habia hecho. Y él los llevó al Capitan, el cual los recibió muy bien, é les dió muchas dádivas de ropa de aquellas Provincias, é mucha chaquira; é ellos trujeron mucha comida de yuca é gallinas é maiz. é venian cada hora muy gran cantidad de indios á vernos, con arcos y flechas é su yerba muy envuelto en sus hojas, porque no se les mojase. No dejábamos de tener temor, no se les metiese el djablo en el cuerpo é hiciesen algun dafío, lo cual si ellos quisieran, bien á su gusto lo pudieran hacer, por el mal proveimiento que de armas teniamos; pero con las dádivas quel Capitan les daba, despues de ser Nuestro Señor servido no tovieron atrevimiento. Aunque los indios de la tierra le importunaron aqui mucho, que á trueque de oro les diese de aquellos indios é indias que traia para tenerlos á su servicio como á manera de esclavos; y el Capitan les dijo: ¿queríades vosotros que si vos llevasen á otras tierras, que allá os rescatasen con algunos indios? Pensad que por quanto oro teneis, no lo tengo de hacer, porquestos son libres como vosotros, y si vienen conmigo, es por la necesidad que para ello habia; y se han de volver luego. Y los indios como vieron que tan poca codicia tenia del oro, se maravillaron mucho é le dijeron que era buen Capitan, é que á él querian por tal; é así se lo enviaron á decir á Pedro de Heredia, en cuya Gobernacion caía aquello, que no les dejase á otro por Capitan.

Aqui hallamos una cruz puesta en un arroyo, hecha de cristianos, donde todos la adoramos; é tovimos por cierto lo que el primer indio nos habia dicho, dando gracias á Nuestro Señor por ello. E los indios se despidieron aqui del Capitan, muy contentos de su persona é del tratamiento que les habia dado, é le dieron dos indios para que le sacasen hasta la mar, los cuales en tres jornadas por muy áspero camino, así de arroyos como de fragosidad de montaña, nos sacaron á la mar. E de aqui, por dentro de la mar, que el agua nos daba á la cintura y á los pechos, fuimos dos dias hasta el pueblo de cristianos que se dice San Sebastian de Buena-Vista, y por otro nombre Huzara, donde se pasó mas trabajo en estos dos dias, que estoy por decir que en todo el camino que hobiamos hecho; porque como la mar andaba algo brava, las olas nos molieron mucho, por causa de venir á pie. Y así llegamos muy molidos al pueblo; á donde todos llegamos á punto de muerte, y hallamos por Teniente é Capitan en él á Alhonso de Heredia, hermano de Pedro de Heredia; y como él y los que con él estabau, nos vieron y del arte que veniamos tan destrozados y descalzos, llenos de llagas las plantas de los pies, del agua y arenas, flacos, amarillos de la poca comida; se espantaron mucho, porque nunca tovieron noticia de nosotros hasta aquel dia

Y mucho mas fue cuando supieron de dónde veníamos, por haber tenido tan gran atrevimiento en hacer el camino que habíamos hecho, tan pocos españoles como éramos. Y en lugar de hacernos buen hospedaje y socorrernos con lo que tenían, como cristianos, pues tenían el nombre, el Teniente y Capitan que allí estaba, cojo con dos muletas, que no se podia menear de los males, que se queria morir, como supo traíamos no sé qué oro, y lo que el Capitan habia servido á S. M., é lo que dejaba hecho, la pura envidia y codicia les hizo arreciar; y él y su hermano Pedro de Heredia, que despues vino, nos tomó é secuestró todo lo que traíamos, echándonos en prisiones, metiéndolo todo á barato, diciendo pertenescerle la cibdad de Antiochia, que el Capitan Jorge Robledo habia poblado é descubierto é conquistado mientras ellos sestaban torreznando. Sobre lo qué, despues de habernos hecho allí tantos agravios, cuantos parecerán por un proceso que allí hizo, envió al Capitan á estos reinos á S. M., é algunos de los demas con él, á donde los señores del Concejo conocieron de la causa.

JUAN BAPTISTA SARDELLA.

Es copia del original que se halla en la Biblioteca de la Historia, Colección Muñoz, Tomo LXXXII, sacada para S. E. el Gral. Antonio B. Cuervo con el regio beneplácito.
